

NACIDOS DESPUES DE MEDIANOCHE

A.W. TOZER

PREFACIO

HABLARLE A Dios a favor de los hombres es probablemente el servicio más alto que un individuo pudiera rendirle. El paso siguiente es hablarles a los hombres en el nombre de Dios. Ambos son privilegios posibles para nosotros únicamente por medio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

El sentarse por un momento en la silla del maestro y escribir lo que pudiera afectar la vida y el carácter de numerosas personas no es sólo un privilegio sublime sino también una grave responsabilidad por añadidura.

Los únicos requisitos que traigo a la composición y confección de estas páginas son amor por el Dios Trino y una preocupación, o interés, o ansiedad colmada de dolor por el bienestar espiritual de la Iglesia que nuestro Señor compró con Su propia sangre.

Si hubiera aquí algo que fuera bueno y de ayuda a los hijos de Dios, debe atribuírselo a la operación del Espíritu Santo, quien con frecuencia condesciende a obrar por intermedio de instrumentos indignos. Todo el resto de lo que aquí pudiera encontrarse se debe a la debilidad humana y es mejor que lo olvidemos.

Mis oraciones acompañan a este libro y a todos los que lleguen a leerlo.

A. W. TOZER Chicago, Illinois, Estados Unidos 22 de Julio de 1959

Después de medianoche

ENTRE LOS CRISTIANOS CON MENTALIDAD DE AVIVAMIENTO he oído la expresión: «Los avivamientos nacen después de medianoche.»

Este es uno de los proverbios que, aunque no se pueda aceptar en forma literal, señala hacia la dirección verdadera.

Si por esta expresión queremos decir que Dios no escucha nuestra oración pidiendo avivamiento durante el día, desde luego que eso no sería la verdad. Si queremos dar la impresión que las oraciones ofrecidas cuando estamos cansados y exhaustos tienen más poder que la oración cuando nos sentimos descansados y refrescados, otra vez, no es la verdad. Dios tendría que ser austero en exceso para requerir que convirtamos nuestra oración en penitencia, o que Se gozase al ver que nos castigamos a nosotros mismos por la intercesión. Algunos rasgos de estas nociones ascéticas se encuentran todavía entre algunos cristianos evangélicos, y aunque estos hermanos deben recibir nuestro encomio por su celo, no se les puede excusar por atribuirle a Dios características de sadismo indignas hasta de los hombres caídos.

Sin embargo, hay considerable verdad en la idea que los avivamientos han nacido después de la medianoche. Porque los avivamientos (o cualquier otro de los dones o gracias espirituales) les llega únicamente a aquellos que lo desean con suficientes ansias. Podríamos decir sin salvedades que todo hombre es tan santo y tan lleno del Espíritu Santo como quiere ser. Es posible que no esté tan lleno como quisiera estar, pero estará tan lleno como quiere estar en ese momento.

Nuestro Señor dejó establecido esto más allá de toda disputa cuando Él dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). El hambre y la sed son sensaciones físicas que, en sus estados agudos, pueden convertirse en verdadero dolor. Ha sido la experiencia de innumerables personas que buscan a Dios que cuando sus anhelos se convirtieron en dolor, fueron llenados de manera repentina y maravillosa, El problema no reside en que nosotros tengamos que persuadir a Dios que nos llene, sino que y anhelemos con suficiente fuerza para que Le permitamos ya que lo haga. El Cristiano corriente es tan frío y está tan contento con su condición lastimera que no existe un vacío de deseo en el cual el Espíritu Santo pueda introducirse con la plenitud y llenura que le satisfaría.

Ocasionalmente, aparece en la escena religiosa un hombre cuyos anhelos espirituales insatisfechos crecen tanto que son tan grandes e importantes en su vida que ahuyentan todos los demás intereses. Dicho hombre rehusa contentarse con las oraciones seguras y convencionales de los hermanos entumidos y congelados que «dirigen en oración» semana tras semana y año tras año en las asambleas locales. Sus anhelos lo trastornan totalmente y a menudo lo convierten en un molesto. Sus compañeros Cristianos se miran de reajo y lo observan de soslayo confundidos y mueven la cabeza con lástima, pero como el hombre ciego que a gritos pedía su vista y fue reprendido por los discípulos, «él clamaba mucho más». Y si él todavía no ha cumplido todas las condiciones, o hay algo que impida la respuesta a su oración, es posible que siga orando hasta avanzadas horas de la madrugada. No es la hora de la noche sino el estado de su corazón el que decide el tiempo de su visitación. Para ese individuo es posible que ese avivamiento llegue después de la medianoche.

Es muy importante, sin embargo, que comprendamos que las largas vigiliias de oración, o incluso fuertes sollozos y lágrimas, no son meritorios en sí mismos. Todas las bendiciones fluyen de la bondad de Dios como de una fuente. Aun esas recompensas por buenas obras acerca de las cuales ciertos maestros hablan con tan mal gusto en forma ofensiva, y que ellos siempre colocan en marcado contraste con los beneficios recibidos enteramente por la gracia, son, en últimas instancias, tan ciertamente de la gracia como el perdón mismo de los pecados. El más santo de los apóstoles no puede menos que exclamar que es un siervo inútil. Los mismos ángeles existen por la bondad de Dios. Ninguna criatura puede «ganar» ninguna cosa en el sentido acostumbrado de la palabra. Todas las cosas tienen por causa y proceden de la bondad soberana de Dios.

Lady Julián lo resumió de manera bella y amena cuando escribió: «Es de mayor honor a Dios, y de mayor delicia, que oremos fielmente a El pidiendo Su bondad y nos unamos a El por Su gracia, y con plena comprensión, y amor constante e inmutable, que si tomáramos todos los medios que el corazón pudiera pensar o imaginarse. Porque si nos apropiáramos de todos esos medios, serian muy pocos, y no un pleno honor para Dios.

Pero en Su bondad reside la totalidad, y no falla nada de ella. ... Porque la bondad de Dios es la oración más alta, y desciende hasta la parte más baja de nuestra necesidad.

Sin embargo, a pesar de la buena voluntad de Dios hacia nosotros. Él no nos puede conceder los deseos de nuestro corazón hasta que nuestros anhelos sean reducidos a uno. Cuando hayamos tratado con nuestras ambiciones carnales, cuando hayamos pisado y aplastado al león y al áspid de la carne cuando hayamos pisoteado al dragón del amor propio bajo nuestros pies" y nos hayamos considerado muertos al pecado, entonces, y sólo entonces, Dios puede levantarnos a la novedad de vida y llenamos con Su bendito Espíritu Santo.

Es fácil que aprendamos la doctrina del avivamiento personal y la vida victoriosa; otra cosa es tomar nuestra cruz y proseguir trabajosamente a subir la cuesta oscura y amarga de la autorrenunciación. Aquí son muchos los llamados, pero pocos los escogidos. Por cada uno que en la realidad cruza hasta entrar a poseer la Tierra Prometida, hay muchos que se detienen largo tiempo para mirar con ojos lánguidos la otra ribera del río, y entonces se vuelven con tristeza a la comparativa seguridad de las desérticas *arenas* de la vida Vieja.

No, no hay mérito en las oraciones de las horas nocturnas, pero requiere una mente muy seria y un corazón muy decidido el orar pasadas las horas comunes y corrientes. Muchos cristianos no lo hacen nunca. ¡Y es muy posible que esa alma singular que prosiga hasta entrar a la experiencia poco común, arribe a su destino después de medianoche!

El testigo ausente

UNA CAUSA DEL deterioro en la calidad de la experiencia religiosa entre cristianos en nuestros días es la negligencia de la doctrina del testimonio interior.

Hemos emergido del largo período de congelamiento teológico moviendo los pies para comenzar la circulación y soplándonos las manos para desentumirlas y hacerlas flexibles, pero la influencia de los años helados todavía se siente entre nosotros hasta tal punto que los términos: *testigo*, *testimonio*, *experiencia* y *sentimiento* las evitan con cautela los maestros, los miembros y las masas evangélicas. A pesar de la innegable tibieza de la mayoría de nosotros, todavía tememos que, a no ser que nos cuidemos sobre manera, perderemos nuestra dignidad y nos convertiremos en fanáticos exagerados. Le ponemos guardia a nuestras emociones día y noche, no sea que nos volvamos demasiado espirituales y traigamos reproche al nombre de Cristo. *Lo* que es, aunque yo mismo lo diga, tan razonable como tenderle un cordón policial alrededor de un cementerio para evitar una demostración política violenta de parte de los habitantes.

Nosotros que sostenemos las doctrinas del Nuevo Testamento, nos creemos en nuestros días los depositarios en línea directa, descendiendo de los apóstoles, y que seamos la legítima y verdadera prole de la Iglesia Primitiva. Bueno, yo creo que hay algunos que pertenecen a la familia de Dios, que son una generación escogida y constituyen el real sacerdocio y la nación santa de la cual se escribe en Primera de Pedro 2:9. Se encuentran esparcidos entre las iglesias donde, más vale que lo admitamos, suelen ser una causa de vergüenza para la mezclada multitud heterogénea que constituye la membresía. Eso es verdad; pero el suponer y presumir que todos los evangélicos se encuentren en la sucesión apostólica es ser demasiado optimista para nuestro propio bien. El creer así sugiere un paralelo inquietante entre aquellos escribas y fariseos de los tiempos de Jesús que reclamaban descendencia espiritual de Abraham porque podían demostrar que eran sus descendientes físicos. «Somos simiente de Abraham», se vanagloriaban. Jesús les replicó haciendo una distinción: «Yo sé que son simiente de Abraham», y les dijo: «Si fuéis simiente de Abraham, las obras de Abraham haríais» (Juan 8:39).

Al igual que los fariseos, es posible que cometamos un error de gravedad al suponer que somos hijos de Dios porque mantenemos el credo de Dios. Pero eso no es así. No es la descendencia física la que marca a la persona como un verdadero hijo de Abraham, porque Abraham es el padre de los que tienen fe, y la fe no se transmite por procreación natural. Por lo tanto, no es la descendencia de nuestras creencias lo que comprueba que somos verdaderos hijos de Pentecostés, sino la identificación del espíritu con aquellos sobre cuyas cabezas cayeron lenguas repartidas, como de fuego, según leemos en Hechos capítulo 2.

Una de las marcas o señales características *de* aquellos primeros cristianos fue una irradiación sobrenatural que brillaba desde su interior. El sol había amanecido en sus corazones y su calor y luz hacia innecesarias fuentes secundarias de seguridad. Ellos tenían el testimonio interior. Ellos lo sabían con un conocimiento que no requería acomodar las evidencias para darles un sentido de seguridad. El poder sobrenatural y gran gracia marcaban sus vidas, permitiéndoles regocijarse al sufrir vergüenza y oprobio por el nombre de Jesús.

Es obvio que el cristiano evangélico corriente de hoy no tiene tal radiación. Los esfuerzos de algunos de nuestros maestros por alegrar nuestros espíritus marchitos son fútiles y vanos, porque esos mismos maestros rechazan el fenómeno que en forma natural produciría el gozo, éste es el testimonio interno del Espíritu Santo.

En su extraño temor o fobia de las emociones religiosas, ellos han tratado de eliminar y descartar las Escrituras que enseñan de este testimonio, tales como Romanos 8:16: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» y «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo» (1^o Juan 5:10).

En vez del testimonio interno, ahora sustituimos conclusiones lógicas que deducimos de los textos. Una conversación entre un penitente y un obrero en un cuarto de consejería bien podría ser la siguiente:

-«¿Quiere usted que el Señor le reciba y le haga Su hijo?» -«Sí.»

-«Bueno, lea esto: "Al que a Mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37). ¿Cree usted esto?» -«Sí.»

-«Si Él no le echa fuera, ¿qué hace?» -«Supongo que me recibe.»

-«Amén. Ahora Él le ha recibido y usted es Su hijo. ¿Por qué no le cuenta a otros acerca de su experiencia?»

Así que el confundido buscador asume una sonrisa forzada y testifica que él se ha convertido a Cristo. Él es sincero y tiene buenas intenciones, pero ha sido mal encaminado. Ha caído víctima de una lógica sin el Espíritu Santo. La única seguridad que él tiene descansa sobre un silogismo temblante. No existe testimonio, ni ningún conocimiento inmediato propio, ni siquiera un encuentro con Dios, ni una conciencia de un cambio interior.

Donde haya ocurrido un acto divino dentro del alma, siempre habrá una conciencia correspondiente. Este acto de Dios tiene validez propia. Es su propia evidencia y se dirige directamente a la conciencia religiosa. Puede existir abundante evidencia externa que una obra se ha realizado, y en esto puede regocijarse la razón; pero tal evidencia no puede ser suficiente para garantizar que haya ocurrido una obra salvífica. Todo lo que pudiera ser juzgado por la razón está sujeto a las limitaciones y errores de la razón. Dios espera asegurarnos que somos Sus hijos de manera que elimine la posibilidad de error, esto es, por el testimonio interior.

En uno de los himnos más triunfantes de Carlos Wesley aparece la idea:

"Su Espíritu responde a la sangre,

Y da testimonio que nació de Dios.-

A los devotos de la salvación por conclusión lógica, dicho lenguaje es una herejía. Si esto es herejía, yo corro a unirme a tan gloriosa herejía. ¡Y que Dios nos mande muchas más!

La fe es un viaje, no un destino

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2:42).

Así DICE Lucas de los millares que recibieron la Palabra y fueron bautizados después de la predicación de Pedro el día de Pentecostés.

La conversión para esos primeros cristianos no fue un destino; era el comienzo de un viaje o jornada. Y es precisamente allí donde el énfasis bíblico difiere del nuestro.

Hoy se hace que todo dependa del acto inicial de creer. En un momento dado se hace una «decisión» por Cristo. y después de eso todo es automático. Esto no se enseña en esas mismas palabras, pero tal es la impresión inadvertida que se crea por nuestro fracaso al no asignarle un énfasis escritural a nuestra predicación evangelística. Nosotros, los de las iglesias evangélicas, casi siempre somos culpables de este punto de vista desequilibrado o desproporcionado de la vida Cristiana y, porque los fundamentos no siguen la línea de la plomada, el templo de Dios se inclina peligrosamente y amenaza con desplomarse, si no se hacen las correcciones inmediatas.

En nuestra ansiedad y premura de hacer y conseguir convertidos, permitimos que nuestros oyentes capten y absorban la idea que ellos pueden descargar su responsabilidad entera de una vez por todas en un acto de fe o creer. En alguna forma vaga se supone que esto honre la gracia y glorifique a Dios, mientras que en la realidad hace a Cristo el autor de un sistema grotesco, inoperante que no tiene ningún paralelo ni contrapartida en las verdades de las Sagradas Escrituras.

En el Libro de los Hechos, la fe fue para cada uno de los creyentes un comienzo, no un fin; era una jornada o viaje, no una cama en la cual acostarse mientras esperasen el día del triunfo de nuestro Señor. La fe y el creer no eran un acto automático de por vida; era más que un acto, era una actitud de corazón y de mente que inspiraba y capacitaba al creyente a tomar su cruz y seguir al Cordero doquiera El fuera y les guiara.

«Perseveraban» escribe Lucas, y ¿no queda muy claro que era solamente por continuar y proseguir que ellos podían confirmar su fe? En un día dado ellos creyeron, fueron bautizados y se unieron a la compañía o congregación de creyentes. Todo muy bien, pero, ¿Qué del mañana? ¿Y del día siguiente? ¿Y la semana próxima? ¿Cómo podría saber alguno que su conversión había sido genuina? ¿Cómo podrían confrontar los cargos en contra y las acusaciones de sus críticos que se les había obligado o presionado a hacer una decisión? ¿Podrían defenderse que no habían cedido a la presión psicológica de las masas y la excitación y fervor religioso? Es obvio que había una sola manera de cerrar las bocas de los opositores: Ellos perseveraban.

Ellos no sólo continuaron, y siguieron adelante, sino que perseveraron. Lucas escribió que «perseveraban», lo que indica que continuaban a pesar de seria oposición. Se requiere la perseverancia únicamente cuando estamos bajo ataque mental o físico, y la historia de esos primeros cristianos es una historia de fe bajo fuego. La oposición era real.

Cristianismo Bíblico y el de los evangélicos de la era actual, en los Estados Unidos, en particular. En ciertos países, se me cuenta, algunos de nuestros hermanos están sufriendo penosa persecución y no escatiman ni sus propias vidas de valor personal con tal de ganar a Cristo. Para éstos no me resta más que la más profunda admiración. No me refiero a ellos, sino a la multitud de débiles religiosos dentro de nuestro rebaño evangélico en las Américas.

Para conseguir convertidos aquí nos vemos forzados a menoscabar la importancia de las dificultades y exaltar la paz de la mente y el éxito mundanal que disfrutaban los que aceptan a Cristo. Debemos asegurar a nuestros oidores que el Cristianismo es algo respetable ahora y bastante popular hasta con las autoridades políticas, los magnates del comercio y el mundo de los negocios y los personajes estelares cuyas figuras adornan las piscinas de Hollywood. Con esta bienvenida y confianza, los pecadores que no merecen nada más que el Infierno acuden en multitudes a «aceptar» a Cristo para sacarle provecho al máximo; y aunque alguno de vez en cuando derrame una lágrima como prueba de su sinceridad, es difícil escapar la conclusión que la mayoría de ellos está condescendiendo para patronizar, fomentar, auspiciar y apoyar al Señor de la gloria, tal como una joven pareja pudiera halagar y adular a un tío rico pero aburridor con miras e intenciones que les recuerde en el testamento más adelante.

Nunca seremos totalmente honrados con nuestros oidores a no ser que les digamos las crudas y duras verdades que como miembros de una raza de rebeldes morales están en un serio aprieto, y uno del cual no se podrán librar con facilidad. Si ellos rehúsan arrepentirse y creer en Cristo, cierto que perecerán: si ellos se vuelven a Cristo, los mismos enemigos que Le crucificaron a El tratarán de crucificarles a ellos. Por un lado, tendrán que sufrir solos sin esperanza; por otra parte, tienen la posibilidad de sufrir con Cristo por algún

tiempo, pero en medio del sufrimiento ellos gozan Su tierno y amoroso consuelo y Su apoyo interno y se les hace posible regocijarse incluso en medio de la tribulación.

Esos primeros creyentes se volvieron a Cristo con la comprensión plena que ellos estaban abrazando una causa impopular que les pudiera costar todo. Ellos sabían que de ese momento en adelante ellos serían los miembros de un grupo minoritario aborrecido, con su vida y libertad en peligro constante.

No gozaron un periodo floreciente. Después de Pentecostés algunos de ellos fueron encarcelados, muchos perdieron todos sus bienes terrenales, unos pocos fueron asesinados brutalmente y centenares fueron «dispersados» por el mundo conocido de entonces.

Ellos hubieran podido escapar de todo esto por el sencillo expediente de negar su fe y volver atrás al mundo; pero ellos perseveraron y rechazaron dicha alternativa.

Al hacer una comparación o un paralelo entre ambos, ¿es el Cristianismo de los evangélicos hoy el mismo que sostuvieron y defendieron en el primer siglo? Me hago la pregunta. Pero, por otra parte, ¡creo que sé la respuesta!

La clave a la vida humana es teológica

LA ANTROPOLOGÍA TRATA de comprender al hombre indagando en su pasado y examinando sus comienzos primitivos. La psicología busca comprenderlo excavando en su mente. La filosofía recoge todos los datos que pueda reunir acerca de la vida externa e interna del hombre, su pasado o su presente, acopia con toda libertad del historiador y el científico, y razona desde esta base a la naturaleza del hombre.

La respuesta a la pregunta y «¿Qué es el hombre?» se busca yendo directamente al hombre para probar y pesar y medir. La forma del cráneo, la estructura del esqueleto, el folclore, los hábitos, las costumbres, la dieta, las prácticas supersticiosas, la religión, los patrones y modelos sociales, la organización civil, los tabúes o prohibiciones, las reacciones, las emociones y un sinfín de otros factores se toman en cuenta en la consideración de la búsqueda de esta respuesta. El plan es, por supuesto, determinar de manera científica lo que es el hombre observando en una vasta escala y durante un largo periodo lo que el hombre hace. Pero, debido al hecho que la técnica es errada, las conclusiones tienen que ser falsas. No puede ser de otra forma.

Bien sé que aquí estoy resucitando la antigua controversia entre el naturalismo y el sobrenaturalismo, un asunto que se ha debatido a través de los siglos infructuosamente y cada generación ha tratado de disponer del tema como quisiera o pudiera. Si yo fuera un filósofo, con toda propiedad trataría de buscar la clave o el secreto de la vida. Como un hombre cabalmente persuadido de la verdad del Evangelio del Nuevo Testamento y totalmente comprometido con Cristo, no existe aquí ninguna pregunta que demande una respuesta. Esa respuesta ha sido dada en la declaración Bíblica positiva y gozosa que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, consanguíneo, emparentado, análogo y semejante a la tierra en su cuerpo físico, es verdad, pero el pariente más cercano del Cielo en su espíritu, que procedió de Dios y vuelve nuevamente a Dios, según declara Eclesiastés 12:7. Su cuerpo no encierra la clave a su verdadera naturaleza; ese secreto o clave se encuentra en su espíritu que, mientras está enemistado o enajenado de Dios debido a ese poderoso desastre moral que los teólogos llaman la Caída, todavía es susceptible de ser reclamado por Dios y de una restauración total por medio de la redención que es en Cristo Jesús.

Para conocer al hombre es preciso que comencemos con Dios. El conocimiento secular, con su lente ahumado por el humanismo, por así decirlo, y el humanismo y el racionalismo en sus diversas formas, han hecho que muchos Cristianos de nuestros días tengan temor de hacer pública la declaración de su postura, no sea que se ganen para sí algunos de los apodosos cáusticos por los cuales los hombres sabios de este mundo estigmatizan a aquellos que no están de acuerdo con ellos; por ejemplo, tales como «trascendentalista», «absolutista», o «sobrenaturalista».

En cuanto a mi propia persona, no le temo a dichos apelativos o apodosos aunque me los lancen con el propósito de desacreditarme de una vez por todas. Lejos sea de mí temerlos; me glorío en ellos. Aunque no permito que retengan todos los matices del significado que han acumulado para sí en su trayectoria a través de los años, los acepto con gozo, siempre y cuando expresen los significados que encuentro en la revelación Cristiana.

Ningún cristiano, por ejemplo, necesita retractarse del término «trascendentalista». Porque a la raíz misma de su santa fe está la creencia en un mundo trascendental, un mundo muy por encima de la naturaleza, diferente de y mucho más allá de la materia, del espacio y del tiempo, al cual la ciencia no puede espiar, acechar, atisbar o escudriñar y a cuyos portales la razón incomprensible no puede sino postrarse de rodillas con reverencia y adorar. Ni debiera retraerse de la palabra «sobrenaturalista», porque con toda exactitud describe un dogma, principio del credo Cristiano. Cree que existe una Divinidad que forma nuestro principio y moldea nuestro fin. La naturaleza, según sostiene, no puede responder por sí sola por sí misma, sino que, con toda humildad, tiene que señalar a Aquel que le dio nacimiento y cuya presencia invisible es su sabiduría y su vida. Esto cree el Cristiano, y considera a todo aquel que cree menos que esto como un «gazanapiro finito y consumado», un Esaú que ha vendido su primogenitura por un plato de comida.

Ni tampoco el vocablo «absolutista» hace al cristiano instruido sonrojarse o presentar disculpas. Sin consideración de la forma despectiva con que se le escupe la palabra como epíteto, no se perturba en absoluto. Bien sabe que sus enemigos están airados con él por el hecho que rehúse aceptar sus doctrinas favoritas, la relatividad de las normas morales y el pragmatismo en la naturaleza de sus creencias religiosas. No trata de negar que sostiene con dogmatismo absoluto las enseñanzas de las Escrituras que, entre otras cosas, Dios no es un ser creado, Dios es autosuficiente, eterno, infinito, soberano y absoluto. Se gloría en el Dios absolutamente santo, absolutamente sabio: en pocas palabras, en un Dios que es todo lo que Él es absolutamente, sin ser afectado en nada externo a Sí mismo. En realidad, es preciso que el cristiano crea esto acerca de Dios: y si al creerlo se le infama y tilda como un absolutista, se siente feliz con respecto a todo el asunto. El creyente sabe lo que cree. y las palabras no le asustan.

El defecto en el evangelismo actual yace y reside en su propuesta humanística. Se esfuerza en ser supernaturalista. Pero no lo logra totalmente. Con toda franqueza, le fascina el gran mundo bullicioso y agresivo con sus grandes nombres, la adoración a sus héroes, sus riquezas y su deslumbrante y ostentosa pompa de mal gusto. A los millones de personas desilusionadas que siempre" anhelaron la gloria mundanal pero nunca la lograron^ el evangelio moderno les ofrece un atajo o camino corto al acariciado deseo de su corazón. La paz mental, la felicidad, la prosperidad, la aceptación social, el éxito en los deportes. En los negocios, en el mundo del entretenimiento y. por ventura, sentarse ocasionalrnente a la misma mesa de banquete con alguna celebridad- todo esto en la Tierra y el Cielo por añadidura al final- Creo que ninguna compañía de seguro pudiera ofrecer ni siquiera la mitad. En este esquema casi Cristiano de las cosas. Dios se convierte en la lámpara de Aladino que está para cumplir la voluntad de todo aquel que acepta a Su Hijo y firma la tarjeta de decisión. Toda obligación de parte del pecador se descarta cuando éste acepta a Cristo. Después de esto, lo único que tiene que hacer es venir con su canasta para recibir el equivalente religioso de todo lo que ofrece el mundo y gozarlo al máximo. Aquellos que no han recibido a Cristo tienen que contentarse con este mundo, pero el cristiano consigue este mundo y el venidero añadido como bono.

Tal es el mensaje Cristiano como lo interpretan vastas multitudes de líderes religiosos actuales. Esta crasa falsedad o tergiversación de la verdad está detrás de mucha (casi dije la mayor parte) de nuestra actividad religiosa del presente. Determina direcciones, construye programas decide el contenido de sermones, fija la calidad de iglesias locales e, incluso, de denominaciones completas, fija el modelo v rumbo de los autores religiosos y forma la política editorial de numerosas publicaciones evangélicas

Este concepto del Cristianismo es un error radical, y debido al hecho que toca las almas de los hombres, es un error peligroso, y hasta mortal. En su fondo, es poco más que un humanismo débil asociado con un Cristianismo débil para conseguirle reputación y respeto eclesiástico. Puede identificarse como una propuesta religiosa. De manera invariable comienza con el hombre y sus necesidades y entonces empieza a buscar a Dios; el, verdadero Cristianismo revela a Dios buscando al hombre para librarle de sus propias ambiciones.

Siempre, y sin lugar a dudas que siempre Dios tiene que ser primero. El Evangelio en su contexto Escritural ubica la gloria de Dios en primer lugar y la salvación del hombre en el segundo. Los ángeles, descendiendo de lo alto, cantaron, «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lucas 2:14). Esto ubica la gloria de Dios y la bendición sobre la humanidad en su debido orden, como también es el caso en las palabras iniciales de la oración «Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea Tu nombre» (Mateo 6:9). Antes de elevarse ninguna petición, el nombre de Dios tiene que ser santificado. ¡La gloria de Dios tiene que permanecer para siempre como el verdadero punto de partida del cristiano! ¡Cualquier otra cosa, sea la que sea, no es el Cristianismo del Nuevo Testamento!

El poder de Dios hacia nosotros

Una vez habló Dios; Dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder- (Salmo 62:11).

Es DIFÍCIL que recordemos nosotros, los hijos de la Edad de la Máquina, que no existe ningún poder aparte de Dios. Ya sea el poder físico, el intelectual, el moral, o el espiritual, el poder está contenido en Dios, fluye de Él y regresa a Él nuevamente. El poder que opera a través de Su creación permanece en Dios, a pesar de que opere en un átomo o en una galaxia.

La noción que el poder es algo que Dios separa de Sí mismo, y lanza a operar aparte de Sí mismo es erróneo. El poder de la naturaleza es la Presencia de Dios en Su universo. Esta idea está entretejida en el libro de Job, los libros de la Sabiduría, los Salmos, y los Profetas. Los escritos de Juan y Pablo en el Nuevo Testamento armonizan con la doctrina del Antiguo Testamento, y en el Libro de Hebreos se dice que Dios es «quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder» (Hebreos 1:3).

No debemos pensar en el poder de Dios como una energía salvaje, irracional que se irradia al azar a través del mundo como un rayo o un tornado. Esta es la impresión que a veces crean ciertos maestros de la Biblia que siguen recordándonos que ese término griego para poder, *dunamis*, tiene la misma raíz que la palabra «dinamita». No es de asombrarse que algunos cristianos muy sensibles se retraen del contacto con una fuerza tan destructiva e impredecible.

Dios es una Trinidad en Unidad. La Unidad indivisible de la Deidad es una verdad revelada a Israel y sostenida sin variación ni cambio por la Iglesia Cristiana. La doctrina de la Unidad Divina significa no sólo que hay un solo Dios,; significa que el Dios Trino es uno consigo Mismo, de una sola substancia, sin partes. Esta verdad la celebra Faber en las siguientes líneas:

¡Mar insondable.

Toda vida nace de Ti

Y Tu vida es Tu feliz Unidad!

Todas las cosas de Ti proceden. Todas las obras las hiciste Tú En honor a Tu Único Ser.

Y porque eres Uno,

Siempre sigues siendo solo.

Puedes hacer, y haces, lo que siempre hiciste.

EL poder de Dios, entonces, no es algo que Dios tiene; es algo que Dios es. El poder es algo que es verdad acerca de Dios, tal como la sabiduría y el amor son verdad acerca de Él.

Es, si pudiéramos así decirlo, una faceta de Su ser, uno con Dios e indivisible de todo el resto de lo que Él es. Imaginarse que el poder de Dios opere en forma ciega, o irracional, o accidental es caer víctima de los conceptos materialistas. Es pensar del poder de Dios como algo separable de los atributos de Su personalidad, tales como Su sabiduría. Su amor y Su bondad. Es imaginarse una energía infinita sin dirección, algo que no existe, ni pudiera existir.

El poder de Dios es uno con la voluntad de Dios, y opera únicamente de acuerdo con Su voluntad. Es uno con Su amor y bondad y (visto desde nuestro punto de vista tan bajo) es la capacitación infinita de todos Sus atributos de perfección. Es Su santo Ser en acción.

Dios es espíritu y Su universo es básicamente espiritual. Incluso la ciencia, que cojea muy por detrás de la revelación, ahora conoce y sabe que la materia no es la substancia sólida, no porosa que una vez se pensaba que era. Los científicos cambian sus creencias de manera radical de tiempo en tiempo, y yo no quiero citarles en confirmación de la verdad Cristiana; pero pareciera haber un paralelo asombroso entre la teoría atómica de la materia y el concepto bíblico de la Palabra Eterna como la fuente, substancia y apoyo de todas las cosas creadas. ¿Pudiera ser que, como ciertos místicos han insistido, todas las cosas en el Cielo y la Tierra, visibles e invisibles, en la realidad no son más que el proceso o la operación del poder de Dios?

Sea lo que sea Dios, lo es en forma infinita. En Él reside todo el poder que existe; todo poder en cualquier lugar es Suyo. Incluso el poder de hacer mal tiene que venir de Él, porque no hay otra fuente del poder. Lucifer, el hijo o el lucero de la mañana, cuando se rebeló contra el Altísimo, poseía únicamente las habilidades que había recibido de Dios. Éstas las malogró para convertirse en el diablo que es.

Me doy cuenta que esta clase de enseñanza hace surgir ciertas preguntas muy difíciles, pero nunca debiéramos retraernos ante la verdad simplemente porque no podemos explicarla. El amilanamos ante esta verdad es levantar más preguntas más difíciles y, peor que todo, el pensar mal, o con debilidad acerca de Dios, es la indignidad suprema.

El hecho del pecado introduce un elemento confuso en nuestro pensar acerca de Dios y del universo, y requiere que suspendamos el juicio sobre muchos asuntos. Pablo escribió en 2ª Tesalonicenses 2:7 que «ya está en acción el misterio de la iniquidad», y nos corresponde aceptar sus palabras inspiradas como la única respuesta posible en el tiempo presente para el tema del pecado. El hombre sabio tomará nota que las cosas que no podamos comprender no tienen nada que ver con nuestra salvación. Somos salvos por medio de la verdad que conocemos y sabemos.

Si somos verdaderos Cristianos podemos saber esto a ciencia cierta, que el poder ilimitado de nuestro Dios infinito está a nuestro alrededor, envolviéndonos, preservando nuestro ser y guardándonos en nuestra salvación que ha de ser revelada. Miremos con confianza a Dios y esperemos «la operación del poder de Su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales» (Efesios 1:19 y 20).

Vivimos en estado de emergencia

LA CAÍDA DEL HOMBRE ha creado una crisis perpetua-Perdurará hasta que el pecado haya sirio aplastado y Cristo reine sobre un mundo redimido y restaurado.

Hasta ese tiempo la Tierra permanece en un área de desastre y sus habitantes viven en un estado de extraordinaria emergencia.

Los estadistas y los economistas hablan esperanzados de «un retorno a las condiciones normales», pero las condiciones no han sido normales desde que «vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella» (Génesis 3:6).

No basta decir que vivimos en un estado de crisis moral; esa es la verdad, pero no toda la verdad. Para ilustrarlo, podríamos decir que vivimos en una crisis de relaciones internacionales, una infracción o violación de la paz entre las naciones, pero eso es dejar mucho sin decir. Junto con esa disensión viene la ruina en gran escala, la muerte de millares de seres humanos, el desarraigo de familias, indescriptible sufrimiento mental y corporal, la destrucción desenfrenada de la propiedad, el hambre y la enfermedad y centenares de formas de miseria que nacen y crecen de estos otros horrores y se propagan como fuego sobre grandes porciones de la Tierra, afectando a millones de personas.

Así que la Caída fue una crisis moral, pero ha afectado a todas las partes de la naturaleza moral intelectual, sicológica, espiritual y física. Todo su ser entero ha sido profundamente herido; el pecado en su corazón ha rebasado a su vida total, afectando sus relaciones con Dios y con sus compañeros de la raza humana y alterando a cada persona y cosa que le toca. También hay base bíblica sólida para creer que la naturaleza misma, la creación bruta, la Tierra, e incluso el universo astronómico, todos han sentido el choque y traumatismo del pecado del hombre y han sido afectados en forma adversa por ello.

En Génesis 3:24 leemos que cuando el Señor Dios echó al hombre del huerto de Edén y «puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida» el desastre estaba escalando, y la historia humana es poco más que el relato de su desarrollo.

No es muy exacto decir que cuando nuestros primeros padres huyeron de delante de la faz y presencia de Dios se convirtieron en fugitivos y vagabundos en la Tierra; y, por cierto, que no es verdad decir que ellos pasaron, salieron o se alejaron del amor y cuidado de Aquel que los había creado y contra quien se habían rebelado de manera tan profunda y cabal. Dios nunca abandonó a las criaturas hechas a Su imagen y semejanza. Si ellos no hubiesen pecado. Dios los hubiese cuidado por Su misma presencia; ahora Él los cuida por medio de Su providencia hasta que un pueblo redimido y regenerado pueda mirar de nuevo la faz de Dios (Véase Apocalipsis 21:3 y 22:4).

Los hombres están perdidos, pero no han sido abandonados; eso es lo que las Sagradas Escrituras nos enseñan y que la Iglesia tiene la comisión de declarar. El viajero perdido en una tormenta sabe que está perdido; es la seguridad de que un equipo de rescate le está buscando que evita que ese conocimiento se transforme en desesperación. Es posible que sus amigos no lleguen a tiempo, pero la esperanza de que ellos llegarán le permite permanecer vivo cuando el hambre, el frío y el shock digan que debiera morir.

Basta que una inundación, o un incendio arrase con una populosa región y todo ciudadano sano y fuerte siente que no tiene derecho a descansar hasta que haya hecho todo lo posible para salvar a cuantas personas pueda. Mientras que la muerte arrase con la casa de campo, o la aldea, no se atreve a relajarse; este es el código aceptable entre todos los que viven. La emergencia crítica para algunos se convierte en una emergencia para todos, desde el más alto oficial gubernamental hasta la tropa local de Boy Scouts. Mientras fluya la inundación y ruja el fuego, nadie habla de «tiempos normales». Ningún tiempo es normal mientras que personas indefensas se encuentren en el paso de la destrucción.

En tiempos de crisis extraordinarias las medidas ordinarias o comunes no bastan ni son suficientes. El mundo ama en tales tiempos de crisis. Los cristianos son los únicos que están en una posición de rescatar a los perdidos. No podemos atrevernos a acomodarnos para vivir como si todas las cosas fueran «normales». Nada es normal mientras que la concupiscencia y la muerte vaguen por el mundo, lanzándose sobre uno y otro hasta que toda la población haya sido destruida. Para mí siempre ha sido difícil comprender a aquellos Cristianos Evangélicos que insisten en vivir en la crisis como si no existiera ninguna crisis. Dicen que sirven al Señor, pero dividen sus días como para dejar bastante tiempo para jugar y holgazanear y gozar de los placeres del mundo al mismo tiempo. Viven sin cuidado ni preocupación, en descanso, mientras que el mundo arde en llamas, y pueden proveer muchas razones convincentes para su conducta, incluso citando las Escrituras, si se les presiona. ¡Me pregunto si estos cristianos realmente creen en la Caída del hombre!

Dichos sin hechos: el vicio de la religión

SERÍA UN ARREGLO conveniente si estuviéramos constituidos de manera que pudiéramos hablar mejor que lo que vivimos.

Por razones que sólo Dios conoce, sin embargo, parece como si no hubiera ninguna relación o conexión necesaria entre lo que hablamos y lo que hacemos; y aquí reside una de las trampas más mortales de la vida religiosa. Temo que nosotros los cristianos modernos somos de largas palabras y quedamos cortos en la conducta; hablamos mucho y hacemos poco, o somos de muchos dichos y pocos hechos. Usamos el lenguaje del poder, pero nuestros actos son las obras de la debilidad.

Nuestro Señor y Sus apóstoles fueron hombres de muchas obras poderosas. Los Evangelios pintan a un Hombre que caminaba con poder, «cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él» (Hechos 10:38). La relación moral entre las palabras y las acciones aparece con toda claridad en la vida y enseñanzas de Cristo. Él actuó antes de hablar, y sus actos dieron validez a sus palabras.

Lucas comenzó el Libro de Los Hechos con la declaración acerca de su Evangelio: «En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar.» Estoy seguro que el orden de las expresiones "hacer y enseñar" no es un accidente. En el Sermón del Monte, Cristo ubicó las acciones antes de las enseñanzas: «De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el Reino de los Cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el Reino de los Cielos» (Mateo 5:19).

Debido al hecho que en uno de sus aspectos la religión contempla lo invisible, es fácil comprender cómo, por error, se pudiera hacer que contemple lo irreal. El hombre de oración habla de lo que él no ve, y las mentes humanas caídas tienden a suponer que lo que no puede verse no es de gran importancia, y ni siquiera es real, si se supiera toda la verdad. Por esta razón se desvincula la religión de la vida práctica y se la relega a la región o área de la fantasía donde moran las dulces necedades sin substancia que no son nada, que todos saben que no existen, pero que, sin embargo, no tienen el valor de repudiar de manera pública.

Quisiera que esto fuera verdad únicamente de las religiones paganas y de las casi-religiones vagas y mal definidas del hombre común y corriente; pero el candor me dicta que debo admitir que también es verdad acerca de mucho de lo que pasa por Cristianismo Evangélico en nuestros días. En realidad, es más que posible que los dioses de los paganos fuesen más reales para ellos de lo que es Dios para el Cristiano corriente. Estoy de acuerdo con el sentimiento del poeta Guillermo Wordsworth cuando escribió que preferiría ser un pagano sincero que creía en un dios que no existía, y no en un cristiano sofisticado que no creía en un Dios que existía.

Sin lugar a dudas que no existe otra institución en el mundo que hable tanto y haga tan poco como la Iglesia. Cualquier fábrica o industria que requiriese tanta materia prima para un producto elaborado tan escaso se encontraría en la bancarota en seis meses. Muchas veces he pensado que si la décima parte del uno por ciento de las oraciones que se elevan en las iglesias en cualquier domingo fuesen contestadas el mundo sería transformado de la noche a la mañana.

Pero precisamente ése es nuestro problema. Vertimos millones de palabras y nunca notamos que esas palabras no son contestadas. Espero que no sea falta de caridad y amor el decir que no esperamos que nuestras oraciones sean contestadas, sino que estaríamos avergonzados y hasta desconcertados si Dios lo hiciera. Creo que no es fuera de lo común que los Cristianos presenten peticiones elocuentes al Señor, que ellos bien saben no van a conseguir ningún fin, y únicamente se atreven a presentarlas porque saben que eso es lo último que van a oír del asunto. Muchos hermanos parlanchines retirarían su petición con toda presteza si tuvieran siquiera algún indicio que Dios la tomaría en serio.

Nos conformamos con las palabras en la religión porque sabemos que las acciones nos costarían demasiado. Es más fácil orar, «Señor, ayúdame a cargar mi cruz todos los días», que tomar nuestra cruz y llevarla; pero ya que la mera petición implorando ayuda para hacer algo que en la realidad no tenemos intención de hacer tiene un cierto grado de consuelo, nos contentamos con repetir las palabras.

La práctica de substituir dichos por hechos no es nada nuevo. El Apóstol Juan vio síntomas de esto en sus días y advirtió: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de Él.» (1^o Juan 3:18 y 19.)

Santiago también tenía algo que decir sobre el vicio de las palabras sin las acciones. «Si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?» (Santiago 2:15 y 16).

¿Qué entonces? ¿Tomaré un voto de silencio? ¿Dejaremos de orar y cantar y escribir y testificar hasta que nuestras acciones alcancen y se pongan al día con nuestras palabras? Eso no ayudaría. Nosotros los cristianos hemos sido dejados en el mundo para testificar, y mientras tengamos aliento debemos hablar a los hombres acerca de Dios y a Dios acerca de los hombres. ¿Cómo, entonces, hemos de escapar de la asechanza de las palabras sin acciones correspondientes?

Es sencillo, aunque no sea fácil. Primero, no digamos nada que no sea totalmente sincero. Rompamos el hábito de charlar o parlotear de la religión, o el de la conversación religiosa convencional. Hablemos únicamente cuando estemos listos a confrontar las consecuencias. Creamos las promesas de Dios y obedezcamos Sus mandamientos. Practiquemos la verdad, y entonces podremos con toda propiedad hablar la verdad. Las acciones le dan cuerpo a las palabras.

¡Al realizar y efectuar acciones de poder, nuestras palabras cobrarán autoridad, y un nuevo sentido de realidad invadirá y llenará nuestros corazones!

Lo erótico versus lo espiritual

El período en el cual vivimos ahora bien pudiera ser recordado en la historia como la Era Erótica. El amor sexual se ha elevado al rango de un culto. El dios Eros tiene más adoradores entre los hombres civilizados de hoy que cualquier otro dios. Para millones de individuos, lo erótico ha desplazado por completo lo espiritual.

No es difícil trazar la trayectoria de cómo el mundo ha llegado a este estado. Los factores contribuyentes son el disco y la radio, que pueden difundir una canción de amor de costa a costa dentro de pocos días; la película de cine y la televisión, que permiten a la población deleitar la vista en mujeres sensuales y jóvenes enamorados en abrazos apasionados (¡y esto en las salas y salones de hogares «Cristianos» y a la vista de los ojos de niños inocentes!); horas de trabajo más cortas y una multiplicidad de electrodomésticos y artículos mecánicos para el hogar con el resultado de más horas libres para todos. Debísemos añadir a esto las astutas campañas publicitarias ideadas, inventadas e ingeniadas para hacer del sexo el cebo no muy bien disimulado ni escondido para atraer a los compradores a casi todos los productos imaginables; los columnistas y periodistas degenerados que han consagrado sus vidas a la tarea de la publicidad de suaves, sensuales nadies con caras de ángeles y las normas morales de gatas de callejón; novelistas sin conciencia que ganan una fama dudosa y se hacen ricos por la tarea de excavar las putrefacciones literarias de los alcantarillados de las almas que proveen entretenimiento a las masas. Estos factores mencionados anteriormente nos revelan cómo Eros ha conseguido su triunfo sobre el mundo civilizado.

Si este dios Eros nos dejara solos y tranquilos a nosotros los cristianos, yo, por mi parte, dejaría solo y tranquilo a este culto pagano. Toda esta fétida suciedad, sin peso ni sustancia, caerá por su propio peso y se convertirá en estopa y pabulo para el Infierno, una justa recompensa que le corresponde, y para nosotros nos incumbe compasión por aquellos que han sido cogidos en su trágico colapso. Las lágrimas y el silencio podrían ser más apropiadas que las palabras si la situación fuera diferente a la realidad. Pero el culto a Eros está afectando seriamente a la Iglesia. La religión de Cristo, pura y sin mácula, que fluye como un río cristalino desde el corazón de Dios, se está contaminando con las aguas turbias y enlodadas que gotean y se escurren desde atrás de los altares de abominación que aparecen sobre cada monte alto y bajo todo árbol frondoso.

La influencia del espíritu erótico se cierne y siente en casi todos los círculos evangélicos por todas partes. Muchas de las canciones en cierto tipo de reuniones tiene más de romance que del Espíritu Santo. Tanto las palabras como la música tienen por designio despertar lo libidinoso. A Cristo se le corteja con una familiaridad que revela su total ignorancia de quien Él es. No es la reverente intimidad del santo que adora sino la imprudente familiaridad del amante camal.

La ficción, o las novelas, o historietas religiosas también hacen uso del sexo para interesar al público lector. La excusa o disculpa, que no sobrepasa el grosor del papel, que suelen presentar es que si el romance y la religión se entretajan en una historia, la persona común y corriente que no leería un libro puramente religioso, leerá la historia y de esta manera tendrá contacto y exposición al Evangelio. Dejando de lado el hecho que la mayoría de los novelistas religiosos modernos no son más que aficionados amateur caseros, muchos de los cuales no serían capaces de escribir una línea de literatura siquiera medianamente regular, todo el concepto detrás de la novela religiosa romántica no tiene fondo ni peso. Los impulsos libidinosos y el dulce mover del Espíritu Santo son diametralmente opuestos entre sí. La noción o idea que Eros pudiera servir como un ayudante del Señor de la gloria es una afrenta injuriosa, un ultraje violento. La película «Cristiana» que busca atraer asistentes filmando escenas de amor sensual en su publicidad es completamente falsa a la religión de Cristo. Los únicos que serán atrapados en esta red son los ciegos espirituales.

La belleza física y las personalidades bulliciosas tan en boga en la promoción religiosa son una manifestación adicional de la influencia del espíritu romántico en la Iglesia. El movimiento rítmico, la sonrisa sintética y la voz muy por demás melosa delatan al mundano religioso. Él ha aprendido su técnica de la pantalla de televisión, pero no la ha captado ni dominado bastante bien para tener éxito en el campo ni mundo profesional, así que trae su producción inadecuada a los lugares santos para comercializarlos a los Cristianos decadentes y enanos en estatura espiritual que están buscando algo para entretenerles mientras que permanecen dentro de los límites y bordes de las costumbres de la religión contemporánea.

Si mi lenguaje les parece severo, debísemos recordar que no se dirige a ningún individuo en particular. Hacia el mundo de hombres perdidos no me resta nada más que la más profunda compasión y un deseo que todos procedan al arrepentimiento. Pero los cristianos cuyo liderazgo vigoroso pero mal dirigido ha seducido a la iglesia moderna del altar de Jehová a los altares del error, les conservo un genuino amor y simpatía. Quisiera ser el último en injuriar y perjudicarles y el primero en perdonarles, recordando mis propios pecados pasados y mi necesidad de misericordia, como también mis propias debilidades y mi tendencia e inclinación natural hacia el

pecado y el error. El asna de Balaam fue usada por Dios para reprender a un profeta. De esto pareciera que Dios no requiera gran perfección en el instrumento que Él usa para advertir y exhortar a Su pueblo.

Cuando las ovejas de Dios están en peligro, el pastor no debe contemplar los cielos y meditar sobre temas «inspiracionales». Tiene la obligación moral de coger su arma y correr en su defensa. Cuando las circunstancias lo requieran, el amor puede usar la espada, aunque por su naturaleza preferiría vendar el corazón roto y administrar sanidad y salud a los quebrantados. Ha llegado la hora en que el profeta y el vidente se hagan oír de nuevo. Durante las últimas décadas, la timidez disfrazada de humildad se ha escondido en su rincón mientras que la calidad espiritual del Cristianismo espiritual ha deteriorado paulatinamente empeorando de año en año. ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

Qué hacer con el diablo

LA NATURALEZA HUMANA TIENDE hacia los excesos por una especie de atracción magnética. De manera instintiva corremos a uno de dos extremos, y es por eso que nos encontramos tan a menudo en el error.

Una prueba de esta propensión a los extremos la encontramos en la actitud del cristiano corriente hacia el diablo. He observado entre las personas espirituales o bien una tendencia a hacer caso omiso de él, o a menoscarlo, restarle importancia o, por el contrario, hacerle demasiado caso y prestarle mucha importancia. Ambas actitudes son malas.

Existe en el mundo un enemigo al cual no debiéramos desconsiderar por ningún motivo. Le vemos por primera vez en el capítulo tres de Génesis y por última vez en el capítulo veinte de Apocalipsis; lo que equivale a decir que le encontramos al comienzo de la historia humana y a su final terrenal. Ese enemigo no es una creación de la fantasía religiosa, ni es una mera personificación del mal para fines de conveniencia, sino que es tan real como el hombre mismo. La Biblia le atribuye cualidades de personalidad demasiado detalladas para poder considerarle en forma figurativa, y le revela hablando y actuando en situaciones difíciles y prácticas, totalmente aparte de la imaginación poética.

Se declara en las Escrituras que el diablo es un enemigo de Dios y de todos los hombres buenos. Se dice que es un mentiroso, un engañador y un homicida que consigue sus fines por engaño, dolor, estratagema, trampería, ardid y embrollo. Debido al hecho que es un espíritu puede pasearse por toda la Tierra como le plazca. Aunque no es omnipresente (la omnipresencia es un atributo de Dios sólo), él es ubicuo, o sea, puede ir a todos los lugares, lo que, para sus propósitos, constituye casi lo mismo.

El enemigo lleva muchos nombres, entre otros, el dragón, la serpiente, el diablo y Satanás. Además de este ser supremo maligno existen demonios, «principados», «potestades», «gobernadores de las tinieblas de este mundo» y «huestes espirituales de maldad en lugares celestes» que operan bajo su dirección, según se describe en Efesios 6:10. El éxito de esta banda de rebeldes cósmicos se ha descrito en la historia con una pluma untada en sangre. Los estragos, el saqueo y la desolación que han realizado en la Tierra son tan terribles que exceden los poderes de la descripción. Todos los diarios, todos los noticieros difundidos son prueba de la existencia de ese genio maligno llamado el diablo y su banda de espíritus viciosos y depravados dedicados a la destrucción.

Satanás odia a Dios por ser quien Él es, y todo lo que es amado de Dios, el diablo lo odia por razón de que Dios lo ama. Porque el hombre fue hecho a imagen de Dios, el odio con que Satanás lo considera es malévolo en particular, y porque el cristiano es doblemente amado de Dios, éste es odiado por los poderes de oscuridad con una furia agravada, probablemente inigualada en cualquier otro lugar en el universo moral.

En vista de esto, no puede ser menos que necedad para nosotros los cristianos desestimar la realidad y la presencia del enemigo. El vivir en un mundo bajo estado de sitio es vivir en peligro constante; el vivir allí y estar desapercibido e inconsciente del peligro es aumentarlo el cien por cien, y constituye volver el mundo en un paraíso para necios y locos.

Mientras que no debemos desestimar la fuerza del enemigo, al mismo tiempo debemos tener cuidado de no caer bajo su hechizo maligno y vivir en temor constante del diablo. «Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros, pues no ignoramos sus maquinaciones» (2- Corintios 2:11). Si no puede hacernos escépticos de su existencia, el diablo nos hace conscientes de sí mismo y en esta forma cubre y opaca nuestra vida con una sombra. Existe apenas un pelo entre la verdad y la superstición. Deberíamos aprender la verdad acerca del enemigo, pero debemos mantenernos firmes con valor contra todas las nociones supersticiosas que él introduce acerca de sí mismo. La verdad nos hará libres, pero la superstición nos esclavizará.

Yo conozco cristianos tan absortos y embargados con la lucha contra los espíritus malignos que ellos se encuentran en un estado de tumulto y alboroto constante. Su esfuerzo emotivo de mantener en control al diablo les altera los nervios y les agota física y psicológicamente, y sólo logran permanecer vivos clamando a Dios con frenesí y reprendiendo al diablo en el nombre de Cristo. Ellos son espiritistas inocentes en reverso y son conscientes del diablo hasta el punto de ser neuróticos limítrofes. Se vuelven sensitivos y suspicaces y siempre son capaces de ubicar un espíritu maligno como la causa de todo lo que les irrita; se les erizan las plumas y comienzan a darle órdenes al diablo en alta voz, pero sus gestos nerviosos delatan cuan atemorizados están.

Lo malo acerca de todo esto es que es contagioso y pronto toma una congregación que adora gozosa en una multitud de personas asustadas y saltonas, nerviosas y totalmente infelices.

La forma escritural de ver las cosas es poner al Señor siempre delante de nosotros, ubicar a Cristo en el centro de nuestra visión y, si Satanás está espionando, o acechando escondido a nuestro alrededor, aparecerá únicamente al margen y no se verá sino como una sombra al borde de la luz radiante. Siempre es malo poner

esto a la inversa; o sea, el enfocar a Satanás en nuestra visión y empujar a Dios fuera del margen. No puede ocurrir nada sino tragedia de esta inversión.

La mejor manera de mantener afuera al enemigo es retener a Cristo dentro. Las ovejas no tienen para qué estar aterradas del lobo; no tienen más que permanecer cerca del pastor. ¡No es a las ovejas que oran que Satanás les teme, sino a la presencia del Pastor!

El cristiano bien instruido, cuyas facultades se han desarrollado por obra de la Palabra y del Espíritu de Dios no le temerá al diablo. Cuando sea necesario, él se parará firme contra los poderes de las tinieblas y les vencerá por la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio. ¡El creyente reconocerá el peligro en el cual vive y sabrá qué hacer al respecto, pero practicará la presencia de Dios y nunca se permitirá caer en la trampa de ser consciente en exceso del diablo!

Para estar bien hay que pensar bien

LO QUE PENSEMOS cuando estemos libres para pensar a nuestra propia voluntad y discreción -eso es lo que somos, o pronto llegaremos a ser. La Biblia tiene mucho que decir acerca de nuestros pensamientos; los evangélicos de la actualidad no tienen prácticamente nada que decir acerca de los pensamientos. La razón por la cual la Biblia dice tanto al respecto es que nuestros pensamientos son de vital importancia para nosotros; la razón por la cual los evangélicos dicen tan poco es que están reaccionando contra los «cultos al pensamiento», tales como «la Nueva Era», «el Unitarismo», «la Ciencia Cristiana» y otras sectas similares. Estos grupos o sectas hacen que nuestros pensamientos sean casi todo, y ciertos evangélicos proponen lo contrario, considerándolos como casi nada. Ambas posturas son erradas.

Nuestros pensamientos voluntarios no sólo revelan lo que somos; éstos predicen lo que seremos. Con la excepción de la conducta que surge de nuestros instintos naturales, todo comportamiento consciente es precedido por nuestros pensamientos y surge de éstos. La voluntad se puede convertir en un siervo o sirviente de los pensamientos y en gran grado aun nuestras emociones siguen a nuestros pensamientos. «Mientras más pienso acerca de algo, más me enoja» es la manera en que lo dice el hombre común y corriente, y al hacerlo no siempre informa con exactitud de sus propios procesos mentales, sino que le rinde un tributo inconsciente al poder del pensamiento. Los pensamientos promueven los sentimientos, y los sentimientos conllevan a la acción. Así es nuestra manera de ser, y más vale que lo aceptemos.

Los Salmos y los Profetas contienen numerosas referencias al poder de pensar bien, a un sentimiento religioso, y a incitar a la conducta correcta. «Consideré mis caminos, y volví mis pies a Tus testimonios» (Salmo 119:59). «Me acordaba de mis cánticos de noche; Meditaba en mi corazón, y mi espíritu inquiría» (Salmo 77:6). Vez tras vez los autores del Antiguo Testamento nos exhortan a tranquilizarnos y pensar acerca de las cosas sublimes y santas como un preliminar a enmiendas a la vida, o a las buenas obras, o a un acto valiente.

El Antiguo Testamento no está solo en este respecto en cuanto al poder o facultad del pensamiento humano otorgado por Dios. Cristo nos enseñó que los hombres se contaminan con los malos pensamientos y, aun llegó al punto de equiparar, igualar, o identificar un pensamiento con una acción. «Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mateo 5:28). Pablo recitó una larga lista de brillantes virtudes y ordenó, «En esto pensad» (Filipenses 4:8).

Estas referencias son sólo cuatro de centenares que podrían citarse de las Escrituras. El pensar en Dios y en las cosas santas crea un clima moral favorable al crecimiento de la fe y del amor y de la humildad y de la reverencia.- No podemos por medio de los pensamientos regenerar nuestro corazón, ni podemos quitar nuestros pecados, ni cambiar las manchas del leopardo. Ni tampoco podemos por el pensamiento añadir a nuestra estatura, ni hacer que el mal se convierta en bien, ni transformar la oscuridad en luz. El enseñar así es representar mal la verdad escritural y usarla para nuestra propia destrucción. Pero, por medio del pensamiento inspirado por el Espíritu Santo, podemos convertir nuestras mentes en santuarios puros en los cuales Dios se complacerá en habitar.

En un párrafo previo me referí a «nuestros pensamientos voluntarios», y usé las palabras avisadamente. En nuestra jornada a través del mundo maligno y hostil, se nos impondrán muchos pensamientos que no nos gustan y a los cuales no les tenemos ninguna simpatía moral. Nuestra necesidad de ganarnos la vida tal vez nos obligue por días enteros a entretener pensamientos que no nos elevan, ni inspiran de ninguna manera. La mera conciencia de los actos de nuestros contemporáneos nos trae pensamientos a nuestra alma Cristiana. Éstos no tienen para qué afectarnos en gran manera. No somos responsables por ellos, y pueden pasar por nuestras mentes como un ave vuela por el aire, sin dejar rastro alguno. No tienen para qué dejar un efecto o huella sobre nosotros, porque no son propiamente nuestros. Son intrusos no bienvenidos, a los cuales no les tenemos ningún amor y de los cuales nos deshacemos a la brevedad posible.

Cualquiera que quisiera controlar o revisar su verdadera condición espiritual propia puede hacerlo notando cuáles han sido sus pensamientos voluntarios durante las últimas horas o días. ¿En qué ha pensado cuando estaba libre para pensar de lo que quisiera o le agradara? ¿Hacia qué se volvía su corazón cuando estaba libre para tornarse donde quisiera? Cuando el ave del pensamiento se lanzaba al vuelo, ¿cómo se avalanzaba el cuervo sobre los cadáveres flotantes? ¿O cómo la paloma circunvolaba y regresaba al arca de Dios? Es fácil ejecutar tal prueba, y si somos honrados y sinceros con nosotros mismos, podremos descubrir no sólo lo que somos, sino también lo que llegaremos a ser. Pronto nos convertiremos en la suma total de nuestros pensamientos voluntarios.

Mientras que nuestros pensamientos muevan nuestros sentimientos y, por lo tanto, influyan con fuerza sobre nuestras voluntades, todavía es verdad que la voluntad puede y debiera ser el maestro de nuestros pensamientos. Toda persona normal puede determinar en lo que pensará. Por cierto que el hombre atribulado o tentado

puede encontrar bastante difícil controlar sus pensamientos, y aun cuando esté concentrando sobre un objeto digno, pensamientos indómitos y fugitivos pueden lanzarse sobre su mente como el calor del rayo en una tarde de verano. Es probable que éstos sean de más molestia que daño mismo y, en última instancia, a la larga, no harán gran diferencia para ningún lado.

La mejor manera de controlar nuestros pensamientos es ofrecer la mente a Dios en sumisión total. El Espíritu Santo aceptará y tomará control en seguida. Entonces será relativamente fácil pensar en las cosas espirituales, de manera especial si entrenamos nuestros pensamientos por medio de largos períodos de oración diaria. ¡La práctica larga y constante en el arte de la oración mental (es decir, el hablar con Dios en forma interna a medida que trabajamos o viajamos) nos ayudará a formar el hábito del pensamiento santo!.

El camino de la verdadera grandeza

«El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor», enseñó nuestro Señor en Mateo 20:20 a 28, y de estas palabras podemos concluir acertadamente (y el contexto apoya con fuerza la conclusión) que no hay nada malo en el deseo de ser grande, siempre y cuando, (1) busquemos la grandeza de la mejor clase: (2) le permitamos a Dios que decida que es la verdadera grandeza. (3) estemos dispuestos a pagar el precio total que demande esa grandeza, y (4) estemos contentos de esperar el juicio de Dios para resolver todo el asunto de quién es grande al final de cuentas.

Es de vital importancia, no obstante, que sepamos qué quería decir Cristo cuando empleó el término grande en relación a los hombres, y su significado no lo podemos encontrar en el léxico o diccionario. Es únicamente cuando lo divisamos en su amplio fondo teológico que lo comprendemos bien. Nadie que haya tenido una visión de Dios, no importa cuán breve o imperfecta haya sido esa visión, consentirá en pensar de sí mismo, o de algún otro, como grande. El vistazo de Dios, cuando Le contemplamos en reverente majestad con nuestros maravillados ojos del alma, obliga al adorador a postrarse de rodillas y le invade el temor y la alegría con un sentido tan abrumador de la grandeza divina que no puede menos que exclamar de manera espontánea «¡Solo Dios es grande!»

Aunque todo esto sea verdad, sin embargo. Dios mismo aplica el término grande a los hombres, como cuando el ángel le dijo a Zacarías que el hijo que le nacería sería «grande delante de Dios» (Lucas 1:15). En otros casos Cristo habla de algunos que serían grandes en el Reino de los Cielos.

Es obvio que se reconoce dos clases de grandeza en las Escrituras. Una grandeza absoluta, no creada, que pertenece únicamente a Dios. Otra grandeza relativa y finita se les imparte a ciertos amigos de Dios e hijos de la fe, quienes por medio de la obediencia y la negación de sí mismos buscaron y lograron ser grandes por su anhelo de ser lo más semejante posible a Dios. Es a esta última clase de grandeza a la cual nos referimos aquí.

El buscar la grandeza no es malo en sí mismo. Los hombres fueron creados al principio a la imagen de Dios y se les dijo que subyugaran la tierra y tuvieran dominio sobre ella. El mismo deseo de los hombres de elevarse o remontarse por encima de su estado actual y traer todas las cosas bajo su sujeción, fácilmente pudiera ser el impulso ciego de su naturaleza caída de cumplir el propósito para el cual fue creado. El pecado ha pervertido este instinto natural, igual como lo ha hecho con todos los demás. Los hombres han dejado su primer estado y en su ignorancia moral invariablemente buscan la grandeza donde no se encuentra y anhelan lograrla de maneras que siempre son vanas y muchas veces son malas a cabalidad.

Por la vida que nuestro Señor vivió y las palabras que Él pronunció, aclaró la confusión que existía con respecto a la grandeza humana. Cristo lo aclaró para todos los que estén dispuestos a escuchar Sus palabras y aceptar Su vida como un modelo para sí mismos.

La esencia de Su enseñanza es que la verdadera grandeza reside en el carácter, no en la capacidad, ni en la posición. Los hombres en su ceguera siempre habían pensado que los talentos superiores hacían grande a un hombre, y así cree la vasta mayoría de las personas. El ser dotado de habilidades extraordinarias en el campo del arte, o de la literatura, o de la música, o de la administración, por ejemplo, se piensa que en sí es una evidencia de grandeza, y el individuo dotado en esta forma es aclamado como un gran hombre. Cristo enseñó, y por Su misma vida demostró, que la verdadera grandeza radica mucho más profundo.

En Mateo 20:25 Jesús llamó «los gobernadores de las naciones», a los hombres que habían conseguido poder político por sus talentos superiores, o que habían heredado su posición de dominio sobre sus contemporáneos. Es obvio que Él no estaba impresionado con esa clase de grandeza, porque demarcó una distinción muy clara entre ésta y la verdadera grandeza. En Mateo 20:26 Jesús les dijo a Sus seguidores: «Mas entre vosotros no será así.» Se había introducido un nuevo concepto radical acerca de la grandeza.

Aunque unos pocos filósofos y religiosos de los tiempos pre-Cristianos habían visto la falacia de la idea de la grandeza del hombre y la habían expuesto como errada; fue Cristo quien localizó la verdadera grandeza y demostró cómo alcanzarla. «El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo» (Mateo 20:26 y 27). Es así de sencillo y fácil, y es así de difícil.

La facilidad y la sencillez están allí a la vista para que todos las vean. No tenemos más que seguir a Cristo en el servicio a la raza humana, un servicio abnegado que lo único que pide es servir, y la grandeza será nuestra. Eso es todo, pero es demasiado, porque corta contra la corriente de todo lo que heredamos de Adán. Adán todavía siente el instinto de dominar; oye desde lo más profundo de su ser el mandato: «Llenad la tierra, y sojuzgadla. y señoread ...» (Génesis 1:28). No abraza con cariño el mandato a servir. Y allí reside la confusión, la contradicción que ha introducido el pecado, porque el pecado es la raíz de la dificultad, en última instancia, y el pecado tiene que salir.

El pecado tiene que irse y Adán tiene que darle lugar a Cristo; así dice nuestro Señor en efecto. Por causa del pecado, los hombres han perdido el dominio, incluso su mismo derecho a dominar, hasta que lo vuelvan a ganar por medio ^el servicio humilde. Aunque redimidos de la muerte y del Infierno por la labor vicaria de Cristo en la cruz, el derecho al dominio tiene que ganarlo cada hombre por separado en forma individual. Cada uno tiene que servir un largo noviciado o aprendizaje como siervo antes de estar capacitado para gobernar.

Después que Cristo había servido (y Su servicio incluyó hasta la muerte) «Dios también Le exaltó hasta lo sumo, y Le dio un nombre que es sobre todo nombre» (Filipenses 2:9). Como un hombre, Jesús sirvió y ganó Su derecho a tener dominio.

Cristo encontró fácil servir, porque Él no tenía pecado. Nada en El se rebelaba contra los ministerios más humildes que requería nuestra naturaleza caída. El sabía y conocía dónde reside la verdadera grandeza y nosotros no lo sabemos. Tratamos de subir a una posición exaltada, cuando Dios ha ordenado que descendamos. «El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor» (Mateo 20:26)

¡Que escuchen nuestro canto!

EL DESEO DE SER considerado en alta estima por nuestros conciudadanos es universal y tan natural para nosotros como lo es el instinto de la autopreservación.

La Biblia reconoce este deseo innato y, contrario a lo que pudiera esperarse, no sólo no lo condena, sino que realmente apela a ello en algunas ocasiones. «De más estima es el buen nombre que las muchas riquezas, y la buena fama más que la plata y el oro», escribió el sabio Salomón en Proverbios 22:1. El apóstol Pablo habló francamente de la estima en que eran consideradas ciertas personas e iglesias y lo usó como un estímulo a vivir vidas buenas delante de otros. Nos referimos a esta cualidad en la naturaleza humana cuando decimos de un hombre al que le ha dejado de importar lo que la gente piense de él, «ha perdido su autoestima».

Podemos llegar a la conclusión que es bueno y natural valorar la aprobación de la sociedad. Es una medida de nuestro amor por los hombres que quisiéramos que ellos nos amen a nosotros. Hay una humildad poco realista que lo quisiera de otra forma, pero creo que la verdad es la que hemos declarado antes.

La cruz no sería la cruz para nosotros si destruyera en nosotros únicamente lo irreal y lo artificiales cuando sigue hasta matar lo mejor en nosotros que se siente su cruel filo. Si lo único que matara fuesen nuestros pecados, sería tolerable, incluso bondadoso, como el bisturí del cirujano es benigno cuando remueve la materia extraña que cobraría nuestras vidas si permaneciera; pero cuando debemos sufrir la pérdida también de lo precioso y lo bueno, entonces probamos la amargura de los clavos y las espinas.

El valorar la estima del hombre, pero por amor de Cristo renunciarla es una forma de crucifixión que han sufrido los verdaderos Cristianos desde los días de los apóstoles. Porque no puede negarse la manera en que la cruz es impopular y que trae una medida de reproche sobre los que la toman. Es raro que un Cristiano consagrado y separado del mundo escape un cierto odio de por vida. Después que esté muerto por algún período, el tiempo y la distancia suelen suavizar el retrato, y el mundo que le odiaba mientras que estaba vivo, a menudo le alaba cuando ya se ha ido.

Juan Wesley y los metodistas son buenos ejemplos de este extraño fenómeno. Ellos fueron despreciados, escarnecidos y ridiculizados mientras caminaban sobre la Tierra. Fueron desechados, perseguidos o, peor que eso, fueron fríamente abandonados y sufrieron el ostracismo como si fueran leprosos. Ahora cantamos sus himnos y edificamos sus sepulcros, pero la historia ha relatado los abusos que una vez se perpetraron contra estos «perfeccionistas» por ese gozo irreprimible e irrefrenable de ellos que avergonzaba a la gente y les hacía mirar en otra dirección y huir de su presencia.

Gerhard Tersteegen, a quien nunca me canso de citar, en un bello himno llamado «El Canto del Peregrino», busca consolar y alegrar a los viajeros que pasan por el desierto sin recibir amor ni ser notados. La última estrofa dice:

Seguimos Sus pisadas; ¿Qué si sangran mis pies? ¡Honremos los espinos donde Él marcó el camino! ¡No visto, ni oído, ni estimado. Despreciado, desconocido y difamado! ¡Que escuchen nuestro canto, Adelante, hijos, adelante!

La línea o verso, «¡Que escuchen nuestro canto!» encierra más del verdadero espíritu de la historia de la Iglesia que todos los grandes tomos o volúmenes que se han escrito. Los historiadores aprendieron a relatar de los concilios y de las bulas y de las guerras religiosas, pero en medio de las momias había unos pocos que vieron la Ciudad Eterna en pleno enfoque y casi lograron caminar sobre la Tierra como si ya hubiesen alcanzado el Cielo. Estos fueron los individuos gozosos que no recibieron gran reconocimiento de parte del mundo de la religión institucional y, tal vez hubieran pasado totalmente desapercibidos, si no hubiera sido por su canto.

No se les alabó, pero alabaron: esta es la historia corta y sencilla de muchos hoy, cuyos nombres no son conocidos más allá del estrecho círculo de su propia compañía pequeña. Sus dones no son muchos ni muy grandes, pero su canto es dulce y claro.

Juan Milton perdió la vista y lamentó esa pérdida en bello y conmovedor verso en su tercer libro del *Paraíso Perdido*. La noche había caído a su alrededor, él suspiró, y nunca más volvió a ver:

El día, la caída de la tarde, ni la luz de la mañana. Ni la humilde Florecilla, ni la rosa del verano. Ni batos, ni manadas, ni el rostro divino humano amado.

Pero a pesar de su aflicción, Milton rehusó entregarse a la desolación. Aunque él no podía ver, todavía podía pensar y podía orar; y podía escuchar a su propio corazón, y podía decir, y mover «números armoniosos». Como el ruiseñor, él podía cantar en la oscuridad:

... como el ave aun despierta Canta en las tinieblas, Y por las sombras cubierta Armoniza nocturnas notas.

Bueno, el mundo es grande, enredado y confuso y oscuro, y no podemos estar totalmente seguros dónde se encuentra un verdadero cristiano. Una cosa sabemos segura: mientras más parecido seamos a Cristo, menos probabilidad habrá que un periodista de un diario nos ande buscando para entrevistarnos. Por mucho que valore la estima de sus contemporáneos, por el momento es probable que se vea forzado y obligado a pararse bajo la sombra de su desaprobación. ¡O el mundo bullicioso y ocupado, tal vez ni siquiera sepa que el cristiano esté allí, a menos que se escuche su canto!

La fe se atreve a fracasar

EN ESTE MUNDO SE JUZGA A LOS HOMBRES por su habilidad de hacer o ejecutar las cosas. Se les califica según la distancia que han avanzado y ascendido al monte de su autorrealización y logros personales. En la parte inferior de la escala está el fracaso rotundo; en la cima está el éxito completo, y entre estos dos extremos la mayoría de los hombres civilizados luchan y sudan desde la juventud hasta la vejez.

Unos pocos dejan de luchar, se deslizan hasta el abismo y se convierten en los habitantes de los miserables bajos fondos. Allí, cuando se han desvanecido sus ambiciones y se ha roto su voluntad, subsisten de limosnas hasta que la naturaleza emite su fallo, y se los lleva la muerte.

En la cumbre están unos pocos que por una combinación fortuita de talento, arduo trabajo y buena fortuna logran escalar la cima en todo su lujo, con la fama y el poder que allí se encuentran.

Pero en todo esto no existe la felicidad. El esfuerzo para lograr el éxito pone demasiada tensión y estrés sobre los nervios. Una preocupación excesiva con el esfuerzo de ganar reprime la mente, endurece el corazón y destierra miles de visiones brillantes que bien pudieran haberse gozado si se hubiera tenido el tiempo libre para disfrutarlas.

El hombre que logra subir al pináculo rara vez es feliz por mucho tiempo. Pronto se ve carcomido por los temores de retroceder un peldaño y verse forzado a concederle el lugar a otro. Los ejemplos de esto se encuentran en la forma afebrada en que las estrellas de televisión observan los resultados de sus «ratings», o clasificaciones, y el político lee su correspondencia y artículos en los periódicos.

Basta que un político elegido se entere que las encuestas muestran que es dos por ciento menos popular en agosto que en marzo, y comienza a traspasar como un hombre que va camino a la prisión. El deportista vive por su promedio de goles, el comerciante por los gráficos económicos y la estrella de concierto por el medidor de aplausos. No es fuera de lo común que un contrincante en el ring lllore si no es capaz de llegar a ser campeón. Ser el segundo lo deja totalmente desconsolado; tiene que ser el primero para ser feliz.

Esta manía de tener éxito es una cosa buena que se ha pervertido. El deseo de cumplir el propósito para el cual fuimos creados es, por supuesto, un don de Dios, pero el pecado ha distorsionado este impulso y lo ha transformado en una ambición o codicia del primer lugar los honores más altos. Por esta ambición, toda la humanidad es impulsada como por un demonio, y no podemos escabullimos.

Cuando venimos a Cristo entramos en un mundo diferente. El Nuevo Testamento nos introduce a una filosofía espiritual infinitamente más alta y contraria en su totalidad a aquella que motiva al mundo. Según la enseñanza de Cristo, los pobres en espíritu son bienaventurados o felices; los mansos heredan la tierra; los Primeros serán postreros; el hombre más grande es el que mejor sirve a los demás; el que pierde todo es el único que tendrá todo al final; el hombre de éxito del mundo verá sus tesoros almacenados arrasados por el juicio; el mendigo justo procede al seno de Abraham y el hombre rico arde en las llamas del Infierno.

Nuestro Señor murió en un fracaso aparente, desacreditado por los líderes de la religión establecida, rechazado por la sociedad y abandonado por Sus amigos. El hombre que Le envió a la cruz era el estadista de éxito, cuya mano besaban los ambiciosos políticos. Se requería la resurrección para demostrar con cuánta gloria Cristo había triunfado y cuan trágicamente el gobierno había fallado.

Sin embargo, hoy la Iglesia profesante no parece haber aprendido nada. Todavía estamos mirando como los hombres y juzgando a la manera del juicio de los hombres. ¡Cuánta labor religiosa de competencia se hace por un mero deseo camal! ¡Cuántas horas de oración se han malgastado implorando que Dios bendiga proyectos que estaban enfocados a la glorificación de hombres pequeños! ¡Cuánto dinero sagrado se ha invertido en hombres que, a pesar de sus apelaciones con lágrimas en la voz, únicamente quieren presentar una demostración de la carne!

¡El verdadero cristiano debiera alejarse de todo esto! Especialmente los ministros del Evangelio debieran escudriñar su propio corazón y examinar las profundidades de sus motivaciones internas. Ningún hombre es digno de tener éxito hasta que esté dispuesto a fracasar. Ningún hombre es moralmente digno de tener éxito en las actividades religiosas hasta que esté dispuesto, a permitir que los honores del éxito se atribuyan y se concedan a otro, si Dios así lo dispone.

Es posible que Dios permita que Su siervo tenga éxito cuando El le haya disciplinado hasta el punto donde él no necesite tener el éxito para ser feliz. El hombre que está eufórico por el éxito y desanimado por el fracaso es todavía un hombre camal. En el mejor de los casos su fruto tendrá un gusano.

Dios permitirá que Su siervo tenga el éxito cuando haya aprendido que el éxito no le hace más amado de Dios ni más valioso en el esquema total de las cosas. No podemos comprar el favor de Dios por la concurrencia de las multitudes, o por los convertidos, o por los nuevos misioneros enviados, o por las Biblias distribuidas. Todas esas cosas pueden realizarse sin la ayuda del Espíritu Santo. Una buena personalidad y un conocimiento

astuto de la naturaleza humana es todo lo que el hombre necesita para tener un éxito en los círculos religiosos de hoy.

Nuestro más grande honor reside en ser exactamente lo que Jesús fue y es. Consiste en ser aceptado por quienes Le aceptan, en ser rechazado por todos los que Le rechazan, en ser amado por aquellos que Le aman, y ser odiado por todos aquellos que Le odian a Él. ¿Qué gloria más grande pudiera esperarse de algún hombre?

¡NOS podemos dar el lujo de seguir a Jesucristo en el fracaso! ¡La fe se atreve a fracasar! ¡La resurrección y el juicio demostrarán ante todos los mundos quién ganó y quién perdió! ¡Podemos permitirnos el lujo de esperar!

La luz requiere vista

PARA ENCONTRAR EL CAMINO necesitamos más que luz; necesitamos vista también.

Las Sagradas Escrituras son la fuente de luz moral y espiritual. «La exposición de tus palabras alumbra», dijo el Salmista en el Salmo 119:130; y otra vez, «Lámpara es a mis pies Tu Palabra, y lumbrera a mi camino» (Salmo 119:105).

Creo en la inspiración plenaria de las Escrituras como fueron dadas en su forma original, y puedo cantar con el himnólogo,

¡Alabamos tu centelleo. Bella página sagrada! ¡Brilla en abundancia Que alumbre mis pisadas!-

Sin embargo, considero que no es ninguna difamación o calumnia contra la Palabra Santa cuando digo que su destello no basta por sí sola. La luz sola no es suficiente.

La luz es una figura literaria que los maestros de la Biblia y la religión suelen usar cuando quieren referirse al conocimiento. Mientras los hombres no sepan, se dice que están en las tinieblas. La llegada del conocimiento es como la salida del sol. Pero la llegada del alba, o la aurora, no significa nada para el ojo que no ve. Únicamente los que tienen vista se benefician por la luz del sol.

Entre la luz y la vista existe una gran diferencia. Un hombre puede tener luz sin tener vista; es un ciego. Otro puede tener vista sin tener luz; él está temporalmente ciego, pero la llegada de la luz rápidamente le permite ver. El carcelero de Filipos tenía buenos ojos, pero pidió luz para encontrar a Pablo en la oscuridad. Pero toda la luz del sol, de la luna y de las estrellas no podían ayudar al pobre Sansón, porque los filisteos le habían sacado los ojos.

Siempre es de noche para el hombre ciego, y siempre es de día para el hombre con una lámpara, siempre que pueda ver. Un par de líneas del Libro Hindú de los *Buenos Consejos* señala esto:

“Aunque el ciego tenga una lámpara. Sin embargo, sus pasos se desvían”.

¿Qué nos dice todo esto? Sencillamente que la instrucción religiosa, aunque sea de lo más sana, no es suficiente por sí sola. Trae luz, pero no puede impartir la vista. El texto sin la iluminación del Espíritu Santo no puede salvar al pecador. La salvación signe a la obra del Espíritu Santo en el corazón. No puede haber salvación aparte de la verdad, pero puede haber, y con frecuencia existe, la verdad sin la salvación. ¡Cuántos millares han aprendido el catecismo de memoria y todavía yagan en las tinieblas morales, porque no ha habido iluminación interna!

La suposición que la luz y la vista son términos sinónimos ha traído tragedia espiritual a millones. Un hombre ciego puede pararse frente a un paisaje hermoso con los ojos bien abiertos y no ver nada; y un corazón ciego puede escuchar la verdad y no comprender nada. Los fariseos miraron de frente a la Luz del Mundo por tres años, pero ni un rayo de luz penetró sus seres internos. La luz no es suficiente.

Los discípulos de Jesús fueron instruidos en las Escrituras. Cristo Mismo les había enseñado de la Ley de Moisés, de los profetas y de los Salmos; sin embargo, se requería un acto específico de «apertura» interior antes de poder captar la verdad. «Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras» (Lucas 24:45). Cuando Pablo predicó en Filipos, una cierta mujer llama Lidia escuchó, creyó, fue bautizada e inmediatamente puso su casa a disposición de Pablo- Pero una frase pequeña tiene gran significado y lo explica todo: «Y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía» (Hechos 16:14). Lidia recibió la vista junto con la luz.

El Apóstol descubrió muy temprano en su ministerio que, como él mismo lo describió, «no todos tienen fe». Y él sabía por qué. «Pero si nuestro Evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2* Corintios 4:3 y 4).

Satanás no le teme a la luz con tal que pueda mantener a sus víctimas sin vista. La mente que no comprende no es afectada por la verdad. El intelecto del oyente puede captar el conocimiento salvífico mientras que el corazón todavía no hace ninguna respuesta moral a ello. Un ejemplo clásico de esto se ve en la historia de Benjamín Franklin y Jorge Whitfield. En su autobiografía Franklin recuenta en detalles cómo él escuchó la poderosa predicación del gran evangelista. Él hasta se paseó alrededor de la plaza para comprobar personalmente cómo se difundía la voz de oro del orador. Whitfield conversó personalmente con Franklin acerca de su necesidad de Cristo y prometió orar por él. Años más tarde Franklin escribió que parecía que las oraciones de Whitfield no habían surtido buen efecto, porque él seguía inconverso.

Nadie podría poner en duda el intelecto brillante de Benjamín Franklin y, por cierto que Whitfield predicó toda la verdad; sin embargo, no ocurrió nada. ¿Por qué? La única respuesta es que Franklin tenía luz sin tener vista. Nunca vio La Luz del Mundo. Para ver La Luz se requiere un acto de iluminación interna operado por el Espíritu Santo, algo que Franklin, evidentemente, nunca recibió.

La operación singular o única del Espíritu Santo es necesaria para la fe salvífica. ¡El Evangelio es luz, pero únicamente el Espíritu Santo puede impartir la vista! ¡Cuando buscamos traer a los perdidos a Cristo, debemos orar de manera continuada que ellos puedan recibir el don de la vista! ¡Y debemos confrontar nuestra oración contra el espíritu de las tinieblas que ciega los corazones de los hombres!

Aceptando el universo

CUANDO THOMAS CARLYLE el historiador escocés, oyó que Margaret Fuller había decidido «aceptar el universo» se rió de buena gana. «Bien, ¡es mejor así!», gritó de buen humor. Y ella lo había aceptado. Y nosotros también lo aceptamos.

La misma idea la expresó mejor un hombre muy sencillo a quien se le preguntó cómo se podía mantener en tal estado sereno de tranquilidad constante a pesar de que se encontraba rodeado de circunstancias en nada agradables ni placenteras. Su respuesta fue tan profunda como sencilla: «He aprendido», dijo, «a cooperar con lo inevitable».

La idea aquí expresada es tan sabia y práctica que se nos hace difícil comprender cómo nosotros, los Cristianos, hemos logrado hacerle caso omiso en nuestra vida diaria. Nuestra conducta y conversación delatan que la desestimamos. Algunos de nosotros «damos coces contra el aguijón» toda la vida, siempre creyendo que estamos totalmente rendidos a la voluntad de Dios, como fue el caso de Saulo de Tarso antes de su conversión, según Hechos 9:5.

Algunos de los filósofos morales estoicos parecían haber conocido más acerca de este secreto que muchos cristianos. Epíteto, por ejemplo, nunca soñó guardar resentimiento contra las circunstancias, ni quejarse por su suerte en la vida. El hacerlo sería rebelarse contra Dios. Según sus enseñanzas, los hombres están ubicados en un mundo sobre el cual no tienen ningún control y, por consiguiente, no son responsables a Dios por la dirección que asumen las cosas en el mundo. Lo que hacen los hombres malos no debiera molestar y perturbar la tranquilidad del hombre bueno. Esas cosas per-fenecen al mundo exterior. Es el mundo interior lo que importa, porque ése es el único mundo del cual somos responsables. Este mundo interior consiste en nuestros pensamientos y emociones, presididos por nuestra voluntad. A pesar del hecho que no podemos determinar nuestras circunstancias, podemos determinar nuestras reacciones. Y es allí donde tiene que librarse la batalla y ganarse la victoria.

Esto no es enseñar el fatalismo, ni negar la libertad de la voluntad humana. Muy por el contrario, es afirmar categóricamente esa libertad. Aunque no podamos controlar el universo, podemos determinar nuestra actitud hacia él. Podemos aceptar la voluntad de Dios dondequiera que ella se halla expresada y podemos dedicarle una actitud de resignada adoración. Si mi voluntad es hacer la voluntad de Dios, entonces no ocurrirá ninguna controversia ni discrepancia con nada que aparezca en el curso de mi diario caminar. Las inclemencias del tiempo, los vecinos desagradables, los defectos físicos, las condiciones políticas adversas serán aceptadas como la voluntad de Dios para ese tiempo preciso y nos rendiremos a ellas provisionalmente, sujetos a tales alteraciones cuando a Dios Le plazca ordenarlas, ya sea por Su misma providencia soberana, o en respuesta a la oración de fe del creyente.

—El «aceptar el universo» no significa que hayamos de aceptar las condiciones malignas como inevitables sin hacer ningún esfuerzo por mejorarlas. El enseñar eso sería cancelar las enseñanzas sencillas de las Escrituras al respecto. Cuando una situación es contraria a la voluntad de Dios, y hay promesas claras al respecto en las Escrituras, es nuestro privilegio y obligación orar y trabajar para producir un cambio. Si llegáramos a enfermar, por ejemplo, no deberíamos rendirnos a la enfermedad como algo inevitable, y no hacer nada. Más bien deberíamos aceptarlo como la voluntad provisional de Dios para ese tiempo y buscar la voluntad de Dios en cuanto a conseguir la recuperación de nuestra salud. Lo más grande es que no nos disgustemos ni nos irriteemos contra nuestra enfermedad ni que la resistamos como algo que nos haya sobrevenido desde afuera de la voluntad de Dios. O si un examen de los hechos comprueba que nuestra enfermedad tuvo por causa alguna desobediencia nuestra a los mandamientos sencillos y claros de las Escrituras, solamente tenemos que confesarlo y hacer las enmiendas y tomar las medidas del caso indicadas en la Palabra. Esto nos traerá de vuelta al centro de la voluntad de Dios y fijará de nuevo el rumbo de nuestra vida. Pero el incomodarnos, impacientarnos e inquietarnos y quejarnos contra nuestra aflicción, como un animal cogido en una trampa, es perder el propósito disciplinario de Dios para nuestra vida. Dios sanará y alterará las condiciones, pero Él no lo hará para las almas irritables que inquietas muerden y roen la trampa de sus circunstancias y se llenan de lástima por sus propios sufrimientos.

Aunque la oración de fe nos permita apropiarnos de la omnipotencia de Dios y lograr muchos cambios maravillosos aquí abajo, hay algunas cosas que no puede cambiar ni siquiera la oración. Estas residen fuera del campo de la oración y deberíamos aceptarlas con gratitud como la sabia voluntad de Dios para nosotros.

Deberíamos, por ejemplo, aceptar la sabiduría de Dios en la naturaleza. En el transcurso de una vida podría haber miles de cosas que hubiéramos deseado que fuesen distintas, pero el término deseado no se encuentra en el vocabulario o léxico del Cristiano. La palabra misma conlleva una rebelión displicente contra los caminos o maneras de Dios para con Su universo. ¡Aceptemos ese universo!

Por otra parte, acéptese a sí mismo. Aparte del pecado, que usted ha abandonado y que usted no quiere practicar más, no existe nada en usted de lo cual debiera avergonzarse. Que usted sea quién es y lo que es; que usted haya nacido en su línea hereditaria particular; que usted sea del sexo, raza, color y porte que sea; que usted haya nacido en este período de la historia y no en otros tiempos -por estas cosas agradézcale a Dios con toda sinceridad y acepte su estado divinamente designado y dispuesto-. No se enfade por ninguna circunstancia sobre la cual usted no tenga control alguno. ¡Guarde su corazón con toda diligencia, y Dios se preocupará del universo! ¡Es increíble cuánta paz proporciona al alma esta sencilla filosofía espiritual!

Cómo sacrificar lo común

UN POETA CRISTIANO de otra generación compuso un himno bastante extenso alrededor de una sola idea: Por tres palabritas, podemos tornar y transformar todos los actos comunes de nuestra vida en una ofrenda aceptable a Dios. Esas palabras son «Por Tu causa».

El himno ya no es conocido por el público Cristiano. Su forma es un poco anticuada y su disposición de ánimo es ajeno a la psicología de los creyentes ocupados que se escabullen tan nerviosamente en estos días. Uno en diez mil de ellos con dificultad tendría la paciencia de leerlo si se le pusiera entre manos; sin embargo, jamás deberíamos permitir que se pierda su lenguaje sencillo. Más bien deberíamos rescatarlo del olvido y entregarlo de nuevo a los hijos del Reino como un precioso tesoro que no podemos darnos el lujo de pasar por desapercibido.

Hoy más que nunca es preciso que nosotros los Cristianos aprendamos como santificar lo común. esta es una generación hastiada. La gente ha sido estimulada en exceso hasta el punto que sus nervios están saturados y sus gustos se han corrompido. Las cosas naturales se han rechazado para dar lugar a las cosas artificiales.

Lo sagrado se ha secularizado, lo santo se ha vulgarizado, y la adoración se ha vuelto una forma de entretenimiento. Una generación ofuscada, de vista miope o torpe, constantemente busca alguna forma de excitación bastante poderosa como para estremecer sus sensibilidades gastadas y adormecidas. Se han descubierto o inventado tantas maravillas que no hay nada maravilloso sobre la Tierra. Todo es común y casi nada es aburrido.

Nos guste o no, ése es el mundo en el cual nos encontramos y se nos encargara la responsabilidad de vivir sobria, justa y santamente en medio de él. El peligro es que nos permitamos ser afectados por los gustos degenerados y los bajos puntos de vista de los hititas y los jebuseos entre los cuales vivimos y así aprendamos las costumbres de las naciones a nuestro alrededor, para nuestro propio mal, del mismo modo que lo hizo el Israel de antaño.

Cuando toda la atmósfera moral y psicológica es secular y común, ¿cómo podemos escapar de sus efectos mortíferos? /¿Cómo podemos santificar lo común y encontrar el verdadero significado espiritual en las cosas comunes de la vida? La respuesta ya se ha sugerido. Es consagrar el todo de la vida a Cristo y comenzar a hacer todo en Su nombre y por Su causa.

El literato Francisco Salignac de la Mothe-Fénelon enseña que para que nuestras obras sean aceptables a Dios no es necesario que cambiemos nuestra ocupación o profesión (siempre que sea honrada), sino únicamente que hagamos para la causa de Cristo lo que previamente habíamos realizado para nosotros mismos. Para algunos de nosotros esto va a parecer demasiado manso y ordinario, o común y corriente. Queremos hacer grandes cosas para Dios, poner en peligro nuestras vidas en actos dramáticos de devoción que atraerán la atención de nuestros hermanos Cristianos y, tal vez, del mundo más grande afuera. Las visiones de Juan Huss en la hoguera.

De Martín Lutero en la Dieta de Worms, o de David Livingstone en el corazón de África se deslizan ante nuestra mente al pensar en las cosas espirituales. Cristianos sencillos del quehacer diario como nosotros ¿cómo podremos remontamos a alturas tan heroicas? Con nuestras familias que mantener, con nuestra suerte destinada en la monótona rutina de lo común, sin que nadie nos amenace con encarcelamiento o muerte, ¿podemos vivir vidas agradables a Dios? ¿Qué podemos hacer para satisfacer el corazón de nuestro Padre en los cielos?

La respuesta está cerca de usted, en su misma boca. Desocupe el recinto del trono de su corazón y entronice allí al Señor «Jesucristo. Enfoque en Él la atención de su corazón y no siga queriendo ser un héroe. Haga de Cristo su todo en todo y trate de convertirse en menos y menos. Dedique su vida entera únicamente a Su honor y traslade sus motivos y motivaciones desde sí mismo a Dios. Permita que la razón tras su conducta diaria sea Cristo y Su gloria, no usted mismo, ni su familia, ni su país, ni su iglesia. ¡Que en todo Cristo tenga la preeminencia!

Todo esto parece demasiado sencillo para ser verdad, pero las Escrituras y la experiencia concuerdan en declarar que es el camino a la santificación de lo común y corriente. Las palabras «Por Tu causa» rescatarán las cosas pequeñas y vacías de la vanidad y les dará significado eterno. Los humildes senderos de la vida rutinaria por estas palabras «Por Tu causa», se elevarán al nivel de una brillante carretera y carrera. La pesada monotonía de nuestra vida diaria adquirirá la calidad de un servicio de adoración y los millares de deberes tediosos y fastidiosos que debemos realizar se convertirán en ofrendas y sacrificios aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

Para Dios no existen ofrendas pequeñas, siempre que se hagan en el nombre de Su Hijo. Por el contrario, nada le parece grande a Él que se haga o entregue por cualquier razón fuera de la causa y por amor a Jesús. Si no podemos morir por Cristo, podemos vivir para Él, y a veces esto es más heroico y nos traerá una recompensa mayor.

«¡Por tu causa!» ¡Estas son las maravillosas palabras que cuando se encuentran en el corazón como también en la boca, convierten el agua en vino y todos los metales comunes en oro!

La calidad importa, no el tamaño

A Dios LE IMPORTA MUCHO LA CALIDAD, y el tamaño Le importa poco. Cuando se contraponen la calidad y el tamaño, la calidad lo es todo, y el tamaño no es nada.

No es difícil comprender esto, debido al hecho que el tamaño es una palabra de las criaturas y se aplica y refiere únicamente a la materia. Tiene que ver con la dimensión, el peso, o el número de cosas creadas. Dios no tiene tamaño, por la razón obvia que ninguno de los atributos de la materia se le aplican a Él, y el tamaño es un atributo de la materia.

El atribuir tamaño a Dios es hacerle sujeto a grados, cosa que nunca pudiera suceder, debido al hecho que la idea de grados, o procesos, se relaciona únicamente con cosas creadas. Lo que es infinito no puede ser mayor o menor, más grande o más pequeño, y Dios es infinito. Dios, sencillamente, no tiene calificativos. «YO SOY EL QUE SOY» es la manera en que Él condesciende con paciencia a informar y revelarse a la inteligencia creada de parte de Su Ser no creado. La calidad, en la acepción con que se emplea el vocablo aquí, tiene que ver con el grado de ser en toda su pureza, de manera intrínseca, y no admite grados propiamente tales. Por esta razón podemos atribuirle calidad a Dios, pero no tamaño.

Dios creó al hombre a Su propia imagen y le dotó de intelecto, de emoción y de voluntad junto con percepción moral y la habilidad de conocer y adorar a su Creador. Estos atributos constituyen la calidad del ser y diferencian entre el hombre y el mundo que le rodea e, incluso, le distinguen de su propio cuerpo. Los cuerpos materiales tienen extensión en el espacio, peso y forma, pero carecen de la habilidad de pensar, o sentir, o amar, o desear, o adorar. Debido al hecho que carecen de estas habilidades y, especialmente, porque carecen del poder de la voluntad, no poseen cualidad moral ni espiritual alguna; y por el hecho que no posean dichas cualidades, no son nada en sí mismos; su único significado es el que en ese momento le presta Dios, o el hombre, porque Él creó al ser humano a Su propia imagen.

La caída moral del hombre ha empañado su visión, ha confundido su pensamiento y le ha convertido en un sujeto propenso al engaño. Una evidencia de esto es su tendencia casi incurable de confundir los valores y ubicar el tamaño antes de la calidad en su estimación y evaluación de las cosas. La fe Cristiana invierte este orden, pero incluso los cristianos tienden a juzgar las cosas por la antigua regla Adánica. ¿Qué tamaño? ¿Cuánto? y ¿Cuántos? son las preguntas que con mayor frecuencia emiten las personas religiosas cuando tratan de evaluar los elementos Cristianos. Esto suele hacerse por un reflejo inconsciente, porque en el mundo de la materia, el movimiento, el espacio y el tiempo son las preguntas que adquieren significado y validez. En el mundo del espíritu no tienen significado alguno y, sin embargo, las traspasamos al Reino de Dios, lo que constituye evidencia suficiente que nuestras mentes han sido renovadas nada más que imperfectamente.

Nuestro problema es que pensamos como hombres. No tenemos sabor del Cielo, sino de la Tierra, y nuestra psicología no es la de Cristo, sino la de Adán. Todo el tiempo seguimos insistiendo con porfía que somos evangélicos, pero es para nuestra vergüenza que muchos de los filósofos paganos tenían una mente más espiritual que nosotros. Sócrates, Epíteto, Marco Aurelio y un sinnúmero más de testigos podrían levantarse para testificar contra nosotros. Ellos eran más sabios en su generación sin la luz del Nuevo Testamento que nosotros con esa luz.

La fe cristiana esta comprometida con un reino espiritual cuya calidad de ser lo es todo. «Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que Le adoren. Dios es Espíritu; y los que Le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:23 y 24). Con estas palabras Jesús dio a entender cuánto habían errado tanto los judíos como los samaritanos en su argumento en cuanto al lugar apropiado para adorar. ¡No es la belleza de una ciudad, ni el tamaño de un monte lo que le importa al Padre! ¡La verdad y el espíritu y toda la riqueza de cualidades morales que los rodean, éstos son todo en todo!

Con bastante frecuencia se encuentran alumnos universitarios cuya fe en Cristo ha sido sacudida terriblemente por su exposición a las enseñanzas de la ciencia. Después de unas pocas conferencias sobre la astronomía y una mirada a través del telescopio, su pequeño universo ordenado comienza a desintegrarse. La mera enormidad de los cuerpos celestes y la inmensidad del espacio les han abrumado irresistiblemente. La Tierra no es más que un polvo microscópico en el vasto espacio; el hombre no es más que un punto infinitésimo sobre la superficie de la Tierra, y Dios está más allá de la estrella más lejana, a billones de años luz de distancia. ¿Cómo podría Dios hacerse hombre y morar entre nosotros? ¿Y de qué valor es un hombre, insignificante y pequeño en una vida patética de corta?

Pensar de esta manera es confundir el tamaño con la calidad; es creer en forma indigna del Dios Supremo Altísimo; es identificarle a Él con la materia y hacerle un siervo del tiempo y del espacio; es degradar nuestro concepto de la Deidad y caer víctimas de la incredulidad.

La verdad es que un alma hecha a la imagen de Dios es más preciosa para El que todo el universo estrellado. La astronomía trata con el espacio y la materia y el movimiento; la Teología trata con la vida y la personalidad y el misterio del ser. El cuerpo del salmista David, por ejemplo, aunque de tamaño corriente, era tan pequeño que pudiera haberse escondido en una hendidura o cueva entre las montañas de Judea y no se le habría encontrado nunca más, aunque los hombres lo hubieran buscado por mil años. Ese es el tamaño, y no es muy importante. ¡Pero en un momento inspirado, David escribió el Salmo del Pastor! ¡Esa es calidad, y cuan precioso es, puede deducirse del sonido de diez mil voces cantando ese salmo todos los domingos del año alrededor del mundo!

¡La Iglesia está dedicada a cosas que importan! ¡La calidad importa! ¡No nos dejemos extraviar por el tamaño de las cosas!

Seamos humildes de nuestra ortodoxia

El CRISTIANISMO rara vez se encuentra en su estado puro. Aparte de Cristo y Sus apóstoles inspirados, ningún creyente o compañía de creyentes en la historia del mundo ha sostenido la verdad en su pureza total.

Un gran santo creía que la verdad es tan vasta y poderosa que nadie es capaz de tomarla y abarcarla en forma total y cabal, y afirmaba que requiere que toda la compañía de las almas redimidas reflexionen en su debida forma en todo el cuerpo de la verdad revelada.

La luz ha irradiado sobre los hombres y las naciones. y (a Dios sea la honra y la gloria) ha brillado con la claridad suficiente para permitir que millones caminen dentro de su hogar en esa irradiación; pero ningún creyente, no importa cuan puro su corazón, o cuan obediente sea su vida, nunca ha sido capaz de recibir la verdad en su irradiación desde el trono de Dios sin modificación por su propia materia o habilidad mental e intelectual. Tal como una bola de arcilla cuando es recogida por la mano humana sigue siendo greda sin que pueda escapar la impresión de la mano, así la verdad de Dios cuando es cogida por la mente humana permanece como verdad, pero conlleva la imagen de la mente que la ha sostenido. La verdad no puede entrar en una mente pasiva. Tiene que recibir en la mente una respuesta mental activa, y el acto de recibirla tiende a alterarla en mayor o menor grado.

Tal como los rayos solares se doblan, se quiebran, o refractan al pasar por un prisma, de la misma manera, la luz de Dios se quiebra, o refracta al pasar por los corazones de los hombres. El pecado, el temperamento, el prejuicio, la educación temprana, las influencias culturales, las modas prevalecientes: todas han obrado para desenfocar los ojos y el corazón y distorsionar la visión interna.

Por supuesto que me refiero aquí a la verdad teológica y religiosa. ¡Cuan pura es esta verdad en cualquier lugar. En un momento dado se revela por las normas morales de todos aquellos que sostienen la verdad y por las prácticas religiosas entre las iglesias en general! La verdad espiritual (por la cual quiero decir las declaraciones del Espíritu Santo al espíritu humano) siempre es la misma. El Espíritu Santo siempre dice la misma cosa a quien sea que Él le hable y sin consideración alguna de los énfasis doctrinales pasajeros y las modas teológicas en boga. El Espíritu Santo irradia la belleza de Cristo sobre el corazón maravillado, y el espíritu reverente lo recibe con un mínimo de interferencia. Los hermanos Juan y Carlos Wesley e Isaac Watts estaban a mundos de distancia en su Teología, pero ellos amaban y cantaban los mismos himnos de adoración pura aunque sus respectivos puntos de vista de la verdad les separaban doctrinalmente.

Cada era histórica ha interpretado al Cristianismo conforme a su propia manera y moda. La religión de los evangelistas de avivamiento en los Estados Unidos que viajaban de ciudad en ciudad durante el siglo diecinueve, desde luego que fue muy diferente a la de Lutero, o la de los místicos de la Edad Media, o la de los padres apostólicos. Los obispos que se reunieron en Nicea en el cuarto siglo para defender la fe de Cristo contra el ataque de los arrianos, por cierto que eran radicalmente diferentes de los escolásticos y santos que se levantaron para defender esa misma fe de los ataques de la alta crítica a principios del siglo veinte.

La Teología tiene la tendencia de correr tras las modas tal como lo hace la filosofía. Los maestros Cristianos de la Edad Media asestaron duros golpes contra la vanidad de la vida y la iniquidad innata en el cuerpo. En los días tempranos de los Estados Unidos, la doctrina que prevalecía era la del Infierno, y los predicadores populares de esos tiempos revelaron más detalles acerca de ese terrible lugar que lo que sabían los autores inspirados de las Sagradas Escrituras. En tiempos más recientes se ha redescubierto que Dios es amor, y el amor de Dios por la humanidad ha llegado a ser el tema principal del sermón y del canto a través del mundo evangélico.

Ahora mismo nos encontramos en otro período de transición, y ¡bendito sea el hombre que sepa adonde vamos! No importa la dirección en que sople el viento teológico, hay dos cosas de las cuales podemos estar seguros. Una cosa segura es que Dios no se dejará sin testigo. Siempre existirán algunos que sostengan el credo de Cristo, el bosquejo inspirado de la doctrina Cristiana. La verdad salvífica no estará jamás totalmente escondida de la vista de los hombres. Los pobres en espíritu, los penitentes, siempre encontrarán a Cristo a la mano, listo para salvarles. La otra cosa que debemos recordar es que el Espíritu Santo es el verdadero conservador de la ortodoxia e, invariablemente, dirá la misma cosa a las almas mansas y confiadas. Los corazones iluminados seguramente estarán de acuerdo en el punto donde enfoque y brille la luz. Nuestro único peligro real es que contristemos al bendito Espíritu Santo al silencio y nos quedemos a la merced de nuestros intelectos. Entonces tendremos escolásticos Cristianos en abundancia, pero estaremos escasos de santos adoradores. Tendremos defensores de la fe que hayan vencido a sus opositores y contrincantes con su lógica y sus conocimientos, pero estaremos sin profetas, sin místicos y sin himnólogos. Tendremos el arbusto, podado y cortado y debidamente cultivado, pero no arderá el fuego en la zarza.

La verdad es para siempre la misma, pero las modas y los énfasis e interpretaciones varían. Es un pensamiento alentador que Cristo pueda adaptarse a cualquiera de las gentes de cualquier raza o edad. Él dará vida y luz a cualquier hombre o mujer en cualquier parte del mundo sin distinción de sus énfasis doctrinales, o sus costumbres religiosas prevalecientes, siempre que ese hombre o mujer Le tome y confíe en Él sin reservas. El Espíritu Santo nunca da testimonio de un argumento o debate acerca de Cristo, pero Él nunca falla en dar testimonio a una proclamación de Cristo crucificado, muerto y sepultado, y ahora ascendido a la diestra de la Majestad en las alturas.

La conclusión de este asunto es que no debiéramos suponer que tenemos toda la verdad y que no estemos errados en nada. ¡Más bien debiéramos arrodillarnos en adoración delante de los pies con las huellas de los clavos de Aquel que es la Verdad y Le honremos a El por medio de la humilde obediencia a Sus palabras!

¿Refinado o eliminado?

NOSOTROS LOS CRISTIANOS deberíamos poner cuidado en que nuestro Cristianismo sencillamente no refine nuestros pecados sin removerlos, o quitarlos, o eliminarlos.

La obra de Cristo como Salvador es doble: «salvar a Su pueblo de sus pecados» como expresa Mateo 1:21, y reunido para siempre con el Dios con quien se había enemistado por el pecado.

El carácter santo de Dios requiere que Él rehúse admitir el pecado en Su comunión. Por intermedio de la redención que es en Cristo Jesús, la misericordia puede perdonar al pecador que regresa y le puede colocar judicialmente fuera del alcance de la ley quebrantada: pero ni la gracia ilimitada ni la bondad infinita de Dios pueden hacerlo moralmente congruente o compatible para que un ser puro tenga comunión con uno impuro. Era preciso y necesario para conseguir la salud moral del universo que Dios dividiese la luz de las tinieblas y que Él dijese al final a cada pecador, «Apartaos de Mí, hacedores de maldad» (Mateo 7:23).

Este no es ningún pensamiento nuevo. Todos los teólogos Cristianos han reconocido la necesidad de una limpieza o purga de las fuentes interiores de la conducta moral y el impartimiento de una naturaleza renovada al creyente antes que éste pudiera estar listo y en condiciones para tener comunión con Dios. Nuestros himnólogos también han visto y luchado con este gran problema -y gracias a Dios, también han encontrado la respuesta.

El himnólogo Binney sintió el peso de este problema y lo definió junto con la solución en un himno profundamente espiritual:

*¡Eterna Luz! ¡Eterna Luz! ¡Cuan pura el alma debe ser Cuando a la vista de Jesús Puede con valor permanecer Y vivir,
y verle en la cruz!*

*¿Cómo puedo yo, en oscuridad. Con pobre y vil mentalidad Comparecer ante Dios Inefable,
Y en mi desnudez y debilidad Percibir la Luz Incomparable?*

*Hay un camino a la ascensión Hasta esa sublime morada: Ofrenda y sacrificio de expiación. Energía del Espíritu ganada.
Abogado ante Dios en intercesión.*

La ofrenda y el sacrificio y las energías santificadoras del Espíritu Santo, por cierto, son suficientes para preparar al alma para la comunión con Dios. Esto lo declara la Biblia y esto lo confirman diez mil veces diez mil testigos. El gran peligro reside en que nosotros supongamos que hayamos sido librados de nuestros pecados cuando en realidad únicamente hemos cambiado un tipo de pecado por otro. Este es el peligro que acecha a la espera de todos. No debiera desalentarnos, ni hacemos volver atrás, sino que debiera motivarnos a velar.

Por ejemplo, deberíamos tener cuidado que nuestro arrepentimiento no sea sencillamente un cambio de ubicación. Aunque una vez pecábamos en la tierra lejana entre los cuidadores de cerdos, ahora guardamos la compañía de los individuos religiosos, considerablemente más limpios y mucho más respetables en su apariencia, pero no estamos más cercanos a la pureza de corazón que antes.

Nuevamente, el orgullo pudiera llegar a ser por su influencia religiosa una tranquila autoestima, cuidadosamente disimulada por un ordenado uso de las palabras de la Biblia que significaban todo para los que las emplearon en primera instancia, pero que sólo sirven para cubrir y esconder un profundo amor propio que es para Dios una cosa odiosa e intolerable. El verdadero problema no se soluciona ni sana así, sino que se cubre y sepulta.

La chismosa y causante de problemas suele llegar a ser la «consejera espiritual» al convertirse, pero a veces una mirada más de cerca revela que el mismo espíritu inquieto e inquisitivo todavía está allí para molestar, al igual que antes de su conversión. Todo el asunto ha sido refinado y se le ha dado una apariencia religiosa, pero en la realidad no ha sucedido nada radical. Todavía mantiene el mismo negocio, o puesto de venta, pero al otro lado de la calle. Ha habido cierto refinamiento del pecado, pero no ha sido removido ni eliminado. Este es el método de mayor éxito de Satanás para entrar a la iglesia para causar debilidad, descarriar y dividir.

Muchas transacciones de negocios que entre hombres mundanos tildaríamos de prácticas inescrupulosas, las califica un Cristiano después de orar al respecto como una espectacular respuesta a la oración y una prueba de que Dios es un «socio» en el negocio.

Estas son únicamente ilustraciones, con el motivo de mostrar cómo el pecado puede alterar sus apariencias sin cambiar su naturaleza, y no quiero que piensen que estoy en contra de los consejeros o comerciantes Cristianos que oran acerca de sus quehaceres. Todo lo contrario es la verdad. Aquella iglesia es bendecida en verdad que tenga algunas personas con el don de discernimiento a quien puedan recurrir los cristianos débiles y atribulados para recibir ayuda en momentos de crisis. Y muy bendecido es el hombre de negocios hoy que haya

aprendido a orar para encontrar su camino entre la burocracia y los impuestos. Sin la ayuda de Dios, yo no veo cómo los hombres de negocios puedan mantener la razón en esta carrera de ratas que llamamos civilización.

La tentación de perdonar lo mejor de las ovejas y del ganado es muy fuerte entre todos nosotros. Como en el caso de Saúl relatado en el primer libro de Samuel capítulo 15, estamos dispuestos a matar las ovejas flacas y los bueyes viejos, pero Adán y el diablo se unen para persuadirnos a guardar con vida los animales más gordos. Y muchos de nosotros caemos en la antigua trampa. Nos encariñamos y guardamos como mascotas los animales que debiéramos haber muerto y sus balidos y mugidos se escuchan en toda la Cristiandad.

¡La voluntad He Díos es que el pecado sea removido, o eliminado totalmente, no meramente refinado!
¡Caminemos en Su voluntad!

¿Estamos perdiendo nuestro «¡oh!»?

Los QUE HABLAMOS EL IDIOMA ESPAÑOL tenemos en nuestro lenguaje un instrumento extraordinario para la comunicación de ideas.

Emerson decía de Shakespeare que él tenía la habilidad de decir cualquier cosa que quisiera decir mejor que ningún otro hombre; cualquier idea que su mente pudiera pensar, su boca la podía expresar. Lo que Emerson olvidó decir (si no me falla la memoria) es que el genio de Shakespeare estaba profundamente endeudado a la fluidez y plenitud o abundancia de la lengua inglesa. Sin un vocabulario tan libre y abundante como el que ofrece y provee el inglés, ni siquiera el Bardo de Avon pudiera haber remontado tan alto ni llegado tan lejos. Sin consideración de su gran mente, requería de un lenguaje capaz de recibir y expresar lo que su mente concebía. Y esto lo tuvo en su amada lengua inglesa. Lo mismo pudiera decirse de Miguel de Cervantes y otros autores hispanos y el español.

El Diccionario Completo de Webster contiene 550.000 palabras. Y es un pensamiento solemne y hermoso que en nuestra adoración de Dios hay ocasiones en que se remontan desde las profundidades de nuestras almas sentimientos que todo este acopio de palabras no es suficiente para expresar. Para enunciar una emoción nos vemos obligados a veces a recurrir a vocablos monosílabos como ¡«Oh!» o ¡«Ah!»!, expresiones primitivas que son sonidos exclamatorios que apenas podemos considerar palabras y que difícilmente podemos definir.

Los vocabularios los forman muchas mentes a través de largos períodos y son capaces de expresar cualquier cosa que la mente sea capaz de concebir o entretener. Pero cuando el corazón, postrado de rodillas, se remonta con reverencia a la Majestuosa Presencia de Dios, y escucha con temor las maravillosas cosas que no le es permitido expresar, entonces la mente cae inerte, y las palabras, previamente sus fieles servidoras, se tornan débiles y totalmente incapaces de decir lo que el corazón escucha y ve. En ese momento reverente el adorador únicamente puede clamar ¡«Oh!» Y esa sencilla exclamación llega a ser más elocuente que el discurso aprendido y, no me cabe la menor duda, es más apreciado por Dios que cualquier oratoria.

No es mero accidente que el idioma de la religión Cristiana abunda en dichas expresiones. El Cristianismo contempla cosas trascendentes y busca abarcar lo infinito y lo absoluto. ¡Se acerca al Lugar Santísimo y contempla maravillado el rostro de Dios! ¡Entonces el lenguaje, no importa cuan completo o cuan fácil, sencillamente no es adecuado! «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuan insondables son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos!» (Romanos 11:33). La exclamación «Oh» no pudiera eliminarse de esta rapsodia. Es la fuente de la cual fluye todo el resto.

Muchos de nuestros himnos Cristianos revelan esta misma cualidad exclamatoria, principalmente porque encierran y abarcan una intensidad de sentimiento que se remonta por encima de los significados racionales y definiciones en el ámbito de lo numérico. El Himnario

Moravo, por ejemplo, tiene una lista de alrededor de trescientos versos que comienzan con la exclamación «Oh». Aunque no sería parte de la sabiduría presionar esto demasiado (porque la costumbre literaria pudiera dictar el uso del lenguaje emocional donde no estuviese presente ninguna emoción en particular), sin embargo, el hecho que haya tan gran número de exclamaciones entre los himnos, sin duda tiene un significado real para nosotros.

En las Sagradas Escrituras, donde no se encuentra ninguna imperfección, el vocablo exclamatorio ocurre constantemente. Los profetas y salmistas, de manera continua, se encuentran al borde de lo infinito contemplando un abismo de divinidad que les sobrecoge y arranca de sus corazones muchas expresiones, o explosiones de sentimiento que las meras palabras no pudieran expresar. Es entonces que esos ¡«Oh!» y ¡«Ah!» aparecen en forma espontánea en los labios, como cuando Jeremías, al escuchar la voz del Señor, responde, «¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño» (Jeremías 1:6). O cuando Ezequiel se paró frente al valle de los huesos secos y exclama, «Señor Jehová, Tú lo sabes» (Ezequiel 37:3).

En la Teología no existe el «¡Oh!» y este es un hecho significativo, por no decir ominoso, o peligroso. La Teología trata de reducir lo que se puede saber y conocer de Dios a términos intelectuales; y lo que el intelecto puede comprender, puede encontrar palabras para expresarlo. Cuando Dios mismo se aparece delante de la mente, majestuoso, vasto e incomprensible, entonces la mente se hunde abismada en el silencio y el corazón exclama «¡Oh, Señor Jehová!» Allí reside la diferencia entre el conocimiento teológico y la experiencia espiritual, la diferencia entre conocer a Dios de oídas y conocerle personalmente en amistad. Y la diferencia no es meramente verbal: es una diferencia real y seria y vital.

Nosotros los Cristianos debiésemos velar para no perder la exclamación «¡Oh!» de nuestro corazón. Existe el peligro real en nuestros días que caigamos víctimas de los profetas de la compostura y los buenos modales y los portadores de la tranquilidad, y nuestro Cristianismo se reduzca a un mero humanismo evangélico que nunca se sienta perturbado por ninguna cosa ni vencido por «ningún trance de pensamiento y elevaciones de la mente». Cuando nos volvemos demasiado volubles en la oración, lo más seguro es que estemos hablándonos a nosotros

mismos. Cuando la lista calmada de peticiones, y la cortés y apropiada gratitud ocupan el lugar de la oración cargada de emoción que encuentra difícil su expresión, deberíamos tener cuidado del próximo paso, porque nuestra dirección es hacia abajo, lo sepamos o no.

Las iglesias y las sociedades misioneras siempre deberían tener por delante el conocimiento que el progreso puede hacerse únicamente por los «¡Ohs!» y los «¡ahs!» de los corazones henchidos del Espíritu Santo. Estos son los dolores de parto de la madre fértil que está por dar a luz. Para ellos no existe ningún sustituto: ni planes, ni programas, ni técnicas que pudieran surgir sin estas exclamaciones. Indican la presencia del Espíritu Santo haciendo intercesiones con gemidos indecibles, que no pueden expresarse. ¡Y éste es el único método de Dios en la iglesia local y en el campo misionero!

Sólo pocas cosas importan

SE HA SUGERIDO anteriormente en este libro que la vida, a pesar de todas sus aparentes complejidades, en su fondo, en la realidad, es muy sencilla si pudiésemos darnos cuenta de ello. ¡Gracias a Dios que únicamente unas pocas cosas importan! ¡El resto sólo es incidental, o casual, y no es importante!

Ninguna cosa que importe es nueva. «No hay nada nuevo bajo el sol», dijo Salomón en Eclesiastés, y es difícil que pudiera haber significado que no haya habido desarrollo mecánico, ni cambios sociales, ni políticos bajo el sol, porque observó, por otra parte, que el hombre ha hecho muchos descubrimientos y muchas invenciones, y él mismo instituyó un buen número de cambios en la rutina real. La ciudad de Jerusalén que dejó Salomón a la posteridad era muy diferente a su muerte que la que recibió de su padre David. Los cambios externos fueron numerosos aun para esos tiempos, pero en la naturaleza y en el hombre no había nada nuevo; y es de éstos que escribió Salomón.

Nada es nuevo que tenga importancia real, y nada que importe es susceptible a modernizarse. Una manera de evaluar cualquier cosa es revisarla para ver su modernización. Si puede modernizarse, puede usted estar seguro que está muy abajo en la escala de valores humanos.

Únicamente lo que no es susceptible a cambios, y lo que es inalterable, debiera estimarse como digno de consideración de parte de seres creados a la imagen de Dios.

Si algún lector me quisiera descartar como desesperadamente anticuado, yo no me sentiré ofendido. Para escapar la ilusión de lo temporal se requiere una mente libre y un corazón profundamente ocupado de los pensamientos eternos y lleno de ansias por la inmortalidad. El Cristianismo de la era presente, lisa y llanamente, no produce tal tipo de mentalidad. Ni tampoco podemos esperar, con el poeta Guillermo Wordsworth, que los años de la ancianidad traigan una mente más madura y una visión más clara, porque nuestra dirección va en el sentido opuesto, y no hacia el bien.

A no ser que hayamos sido iluminados profundamente en el Espíritu de la verdad, el paso del tiempo no nos ayudará, sólo nos confirma en nuestra carnalidad. Existe tal cosa como la senilidad o vejez espiritual. Es el resultado natural del fracaso durante un período prolongado, que no hubiésemos vivido a la luz de la verdad revelada; y cualquiera de nosotros pudiera deslizarse a este estado si no caminamos con humildad y preocupación por nuestra situación.

Casi todo lo que los hombres valoran en nuestros días se ha desarrollado de algún prototipo primitivo arcaico: el automóvil surgió de la rueda; el rascacielos, del arco de piedra; el avión supersónico, del cometa de papel; nuestro complejo sistema monetario, de la concha marina, o su equivalente en elementos de trueque; nuestros extremadamente complejos métodos de comunicaciones, de los jeroglíficos, o el tambor de la selva. Creo que sería posible trazar casi el 98 por ciento de los objetos que componen nuestra civilización moderna a sus prototipos originales primitivos. Sin embargo, afirmo con énfasis que nada nuevo importa, y nada que realmente importa puede modernizarse.

¿Qué importa realmente después de todo? Mi relación personal con Dios importa. Ésta toma prioridad sobre todas las cosas. Podría ser que un hombre naciera en un hospital escéptico, que recibiera su educación en escuelas progresivas, que viajara en automóviles con aire acondicionado, que durmiera sobre un colchón de espuma, que vistiera ropa de tela sintética, que comiera alimentos vitaminizados, que leyera con lámparas fluorescentes, que hablara a través de 18.000 kilómetros a un amigo al otro lado del mundo, que se librara de sus ansiedades tomando píldoras tranquilizantes, que muriera sin dolor con la ayuda de nuevas drogas y que se sepultaran sus restos en un parque tan hermoso como una escena campestre; sin embargo, ¿de qué le aprovechará si más adelante tendrá que resucitar para confrontar en juicio a Dios, que no le conoce, y a Quien él tampoco conoce? Si llegase al final a presentarse delante de la Corte de la Justicia Eterna sin nadie que defendiese su caso, y que el individuo fuese desterrado perpetuamente de la presencia del Gran Juez, ¿estaría en mejor situación ese hombre que si hubiera muerto un salvaje desnudo en las selvas de una remota isla?

Ningún hombre puede darse el lujo de vivir y morir bajo la ira de un Dios a quien ha desagradado. Sin embargo, nombre algún producto descubierto o inventado que pudiera librarle de tal suerte. /¿Dónde puede encontrar seguridad el hombre? ¿Le podría ayudar la filosofía? ¿O la psicología? ¿O la ciencia? ¿O el «progreso»? ¿O los átomos? ¿O las drogas maravillosas? ¿O las vitaminas? No. El único que puede ayudarle es Cristo, y Su ayuda es tan antigua como el pecado del hombre y la necesidad humana. El aborigen desnudo está tan cerca a Dios (y tan lejos de Él) como el que tiene un título de doctorado en filosofía. Nada nuevo puede salvar mi alma; ni tampoco se puede modernizar la gracia salvífica. Cada uno de nosotros tiene que venir, al igual que vino Abel, por la sangre de la propiciación y la fe demostrada en el arrepentimiento. No se ha descubierto ningún camino nuevo. El camino antiguo es el verdadero, y no existe un camino nuevo, sino «El Cordero de Dios que fue inmolado antes de la fundación del mundo».

Unas pocas cosas más importantes, pero comienzan en el mismo punto de partida de la salvación, y de allí proceden, y regresan de nuevo allí. Esas cosas importantes son que confiemos en Cristo de manera completa y cabal, que carguemos nuestra cruz todos los días, que amemos a Dios y a nuestros prójimos, que caminemos en la luz que Dios nos da para comprenderla; que amemos la misericordia, y caminemos rectamente; que cumplamos nuestro cometido o comisión como embajadores de Cristo entre los hombres; que crezcamos en la gracia y en el conocimiento de Dios, y que lleguemos al final de nuestra vida como una mazorca de maíz madura en el tiempo de la cosecha.

Estas son las cosas que importan. Estas cosas siempre son críticas o trascendentes; sin embargo, pocas personas las reconocen como tales. Es casi imposible en nuestros tiempos conseguir que la gente preste atención a las cosas que importan. Únicamente cuando los siervos de Dios se apartan de estas cosas serias y eternas para hablar de la política, o de los acontecimientos del mundo, o de los deportes, o de la ciencia, las víctimas nerviosas y desesperadas del tiempo y del espacio les prestan atención. ¡Sin embargo, esas verdades eternas son todo lo que enseña la Biblia, y son lo único que estamos autorizados de proclamar!

El valor de una imaginación santificada

COMO TODOS LOS DEMÁS PODERES que nos pertenecen, la imaginación puede convertirse en una bendición, o en una maldición, dependiendo totalmente de cómo se la utiliza y cuánto se la disciplina.

Todos tenemos, en mayor o menor grado, el poder de la imaginación. Este don nos permite ver los significados en objetos materiales, observar las similitudes entre cosas que a primera vista parecían totalmente diferentes. La imaginación nos permite conocer aquello que los sentidos jamás pudieran comunicarnos, porque por medio de la imaginación podemos ver a través de las impresiones del sentido a la realidad que radica y reside tras las cosas.

Todo avance que haya hecho la humanidad en cualquier campo comenzó con una idea que en aquel entonces no tenía nada correspondiente o paralelo. La mente del inventor en forma sencilla tomó fragmentos de ideas familiares y creó de éstas algo no solamente no familiar en forma total, sino algo que en ese tiempo no existía en absoluto. Así es que «creamos» las cosas y al hacerlo comprobamos que hemos sido creados a la imagen del Creador. El hecho que el hombre caído con frecuencia haya ocupado sus poderes creativos al servicio del mal no invalida nuestro argumento. Cualquier talento pudiera usarse para el mal, como también pudiera usarse para el bien; sin embargo, todo talento procede de Dios.

Que la imaginación pudiera ser de gran valor en el servicio a Dios tal vez lo nieguen ciertas personas que por error hayan confundido los términos «imaginación», o «imaginativa» con la palabra «imaginaria».

El Evangelio de Jesucristo no tiene nada que ver con las cosas imaginarias. El libro más realista en el mundo es la Biblia. Dios es real, los hombres son reales, y también lo son el pecado y la muerte y el Infierno, a las que conduce el pecado de manera inexorable. La presencia de Dios no es imaginaria, ni tampoco la oración es darse el lujo de la delicia de una fantasía. Los objetos que ocupan el campo de la atención del hombre de oración, aunque no sean materiales, sin embargo, son completamente reales; se admitirá a fin de cuentas que son reales con mayor certeza que cualquier otro objeto terrenal.

El valor de la imaginación limpia y purificada en la esfera de la religión reside en su capacidad de percibir en las cosas naturales las sombras de las cosas espirituales. Permite al hombre reverente

«Ver al mundo en un grano de arena Y ver la eternidad en una hora.»

La debilidad del fariseo en los días de antaño era su falta de imaginación; o lo que resultaba ser lo mismo, su rechazo de permitir que la imaginación entrase al campo de la religión. Él veía el texto con su definición teológica celosamente guardada, y no veía nada más allá.

"Una rosa que crece a orillas del río. Una rosa amarilla es todo lo que él vio, Y de nada más que eso se percató."

Cuando Cristo vino con Su ardiente penetración espiritual y Su fina sensibilidad moral. Él les pareció a los fariseos como un devoto de otra clase de religión, lo que en realidad era el caso, ¡si sólo el mundo lo hubiera comprendido! Jesús podía ver el alma del texto, mientras que el fariseo podía ver únicamente el cuerpo, y siempre podía comprobar que Cristo estaba equivocado al apelar a la letra de la ley, o a una interpretación aceptada por la tradición. El abismo entre ambos era demasiado grande para franquear y permitir que coexistieran; así que el fariseo, que estaba en condiciones de hacerlo, dio muerte al joven Vidente. Así ha sido siempre, y supongo que así será siempre hasta que la Tierra sea llena del conocimiento y de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar, como profetizó Habacuc.

Ya que la imaginación es una facultad de la mente natural, es preciso que sufra tanto por sus limitaciones intrínsecas como por su tendencia inherente hacia el mal. Aunque el término para imaginación que encontramos en la Biblia, por lo general, no significa imaginación, sino meramente los razonamientos de los hombres pecadores. Bien sé que de los tales ha fluido, como de una fuente, torrentes de ideas malignas que a través de los años han conducido al libertinaje legal y a la conducta destructiva de parte del hombre.

Una imaginación purificada y controlada por el Espíritu Santo es, sin embargo, otra cosa, y es ésta la que tengo en mente aquí. Anhele ver a la imaginación liberada de su prisión y que se le conceda su lugar debido entre los hijos de la Nueva Creación. Lo que quisiera describir aquí es el don sagrado de ver, la habilidad de vislumbrar a través del velo y contemplar las bellezas y misterios de las cosas santas y eternas.

La lerda mente pedestre no es ninguna honra para el Cristianismo. Si esta mentalidad predomina y domina la Iglesia por demasiado tiempo, la obligará a dirigirse en uno de dos rumbos: o bien hacia el liberalismo, donde encontrará alivio en una libertad falsa; o se dirigirá hacia el mundo, donde se encontrará con un placer agradable, pero fatal.

Sin embargo, me pregunto si todo esto no estuviera incluido en las palabras de nuestro Señor como las registra el Evangelio de Juan 16:13 y 14: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por Su propia cuenta, sino hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él Me glorificará; porque tomará de lo Mío, y os lo hará saber.»

¡El poseer una mente habitada por el Espíritu Santo y que sea Su morada es el privilegio del Cristiano bajo la gracia, y esto abarca todo lo que he estado tratando de decir aquí!

No sigamos a la defensiva

EN EL REINO DE DIOS la manera más segura de perder algo es tratar de protegerlo, y la mejor manera de mantenerlo es soltarlo.

La ley de mantener y guardar lo que rendimos y perder lo que defendemos lo revela nuestro Señor en Su declaración célebre, pero poco comprendida: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mateo 16:24).

Aquí se ve la discrepancia notable entre los caminos de Dios y los senderos de los hombres. Cuando el mundo quita sus manos de una posesión atesorada, alguien la agarra y desaparece. Por consiguiente, el mundo tiene que conservar defendiendo. Así que los hombres almacenan los tesoros de su corazón, echan llave a sus posesiones, protegen su buen nombre con juicios de libelo o difamación, se rodean con inventos, recursos, expedientes y ardidés de protección de todo tipo y defienden sus costas y fronteras con poderosas fuerzas armadas. Todo esto está de acuerdo con la filosofía de Adán que nace y surge de su naturaleza caída y está confirmada por miles de años de experiencia práctica. El desafiarlo acarrea el desprecio y el desdén de la humanidad; y, sin embargo, nuestro Señor lo desafió.

Para ser específico, Cristo no condenó al mundo por defender lo propio; Él se volvió y apartó del mundo caído y habló de otro mundo totalmente aparte, un mundo donde la filosofía de Adán es invalidada y donde sus técnicas son inoperantes. Él habló del Reino de Dios, cuyas leyes son opuestas a aquellas del reino del hombre.

Mucho antes que Cristo dictara Sus principios espirituales que debieran gobernar el Nuevo Reino, Dios había dicho por boca de Su profeta en Isaías 55:8: «Porque Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos, dijo Jehová.» Y Cristo dijo en Lucas 16:15: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.» Entre las leyes espirituales y las leyes de la sociedad humana existe un gran abismo. En Su sabiduría, Dios se mueve en Su alto camino de acuerdo a Sus propósitos eternos; el hombre avanza por su bajo camino como mejor puede, improvisando y embarrándolo sin ningún plan cierto ni seguro, esperando que las cosas resulten bien al final y casi siempre viendo frustradas sus esperanzas.

El verdadero cristiano es un hijo de dos mundos. Vive entre hombres caídos, recibe todos sus conceptos primarios de ellos, y desarrolla un punto de vista caído de la vida junto con todos los demás desde Adán en adelante. Cuando es regenerado e inducido a una nueva creación, se le llama a vivir según las leyes y principios que radican en el Nuevo Reino, pero toda su enseñanza y sus pensamientos han sido según el antiguo. Por esta razón, a no ser que el creyente sea muy sabio y dedicado a la oración, es posible que se encuentre tratando de vivir una vida celestial basado en un modelo terrenal. Esto es lo que Pablo llamó la vida «carnal». Los problemas o puntos en disputa de la nueva vida Cristiana son influenciados por las respuestas automáticas y soluciones de la vida vieja y por esa razón resulta confusión.

Contra este trasfondo es fácil comprender por qué tantos Cristianos en forma instintiva e intuitiva se aferran a sus tesoros, defendiendo sus posesiones y luchando por su reputación. Ellos están reaccionando conforme a las maneras y los modales y modelos antiguos que habían seguido en forma natural por tanto tiempo.

Requiere verdadera fe el comenzar a vivir la vida del Cielo mientras que el individuo esté sobre la Tierra, porque esto demanda que nos remontemos por encima de la ley de la gravitación moral e incorporemos en nuestra vida diaria la alta sabiduría de Dios. Y debido al hecho que esta sabiduría es contraria a la del mundo, es inevitable que surta y resulte el conflicto. Esto, sin embargo, es un precio pequeño que pagar por el privilegio inestimable de seguir a Cristo.

Es de importancia vital que procedamos hasta el Espíritu y dejemos de defendernos a nosotros mismos. Nunca me he encontrado con un Cristiano victorioso que viva a la defensiva, pero no puedo contar con cuántos Cristianos totalmente infelices me he encontrado, saltones y asustadizos, que estaban gastando y quemando sus energías en un esfuerzo vano de protegerse. Sus pobres almas deprimidas imaginan que alguien siempre está tratando, como ellos dicen, «de engañarles, o hacerles una mala pasada». El resultado es ansiedad, resentimiento y una especie de hostilidad incipiente hacia todos los que se imaginan que quieren algo que ellos poseen.

Mi consejo sincero a todas estas almas nerviosas es que entreguen y rindan todo a Dios y sigan tranquilos. Un cristiano verdadero no necesita defender sus posesiones, ni su posición. Dios se encargará de ambos. Suelte sus tesoros y el Señor se los guardará para usted en la vida eterna. Si usted los guarda y se aferra a ellos, no le acarrearán nada más que problemas, angustia y miseria hasta el final de sus días.

Es mejor lanzar nuestro poco y nada a los cuatro vientos que envejecer amargado defendiéndolo. Es mejor que nos engañen un par de veces que desarrollar una suspicacia constante pensando que alguien está tratando de

aprovecharse de nosotros. Es mejor que nos asalten la casa y no que pasemos el resto de nuestros días y noches sentados guardándola con un rifle en las rodillas. Ríndalo, y lo mantendrá. Defiéndalo, y lo perderá. Esa es la ley del Reino y se aplica a todas las almas regeneradas. ¡Podemos darnos el lujo de confiar en Dios: pero no podemos permitirnos el lujo de no confiar en Dios!

La tragedia de la actividad religiosa malgastada

PROBABLEMENTE NO EXISTA otro campo de la actividad humana donde haya tanto derroche como en el campo de la religión.

Es totalmente posible malgastar una hora en la iglesia o, incluso, en un culto de oración. Los letrados de la publicidad popular «Asista a la Iglesia de su preferencia» que han aparecido por todas partes en los últimos tiempos, tal vez tengan un pequeño valor si no hacen más que recordar a una civilización materialista y materializada que este mundo no es todo y que existen algunos tesoros que no los puede comprar el dinero. Sin embargo, no debemos olvidar que un hombre pudiera asistir a la iglesia toda una vida y no ser mejor por ello.

En la iglesia común y corriente, escuchamos las mismas oraciones repetidas domingo a domingo, año tras año, con lo que uno pudiera sospechar, que no hay ni la más remota expectación de que serán contestadas. Basta, les parece, con que hayan sido repetidas. La frase familiar, el tono religioso, las palabras con contenido emocional pudieran tener su efecto superficial y temporal, pero el adorador no está más cerca a Dios, ni es mejor moralmente, y no está más seguro del Cielo que antes. Sin embargo, si todos los domingos por la mañana, durante veinte años sigue la misma rutina y, esto le permite salir de su casa por dos horas, sentarse en un servicio de la iglesia y regresar a su hogar de nuevo, él ha malgastado más de 170 días de doce horas en este ejercicio fútil y vano.

El autor Hebreos entre el cap. 5 v. 2 y el cap. 6 v. 3 dice que algunos que profesaban ser Cristianos estaban marcando el paso, sin llegar a ninguna parte. Tuvieron bastante oportunidad de crecer, pero crecieron; habían tenido tiempo suficiente para madurar, pero aún eran bebés; por lo cual, él les exhorta a dejar los rudimentos sin significado y proseguir a la perfección.

Es posible tener movimiento sin tener progreso, y esto describe mucha de la actividad *entre*, los cristianos de hoy. No es más que movimiento perdido.

En Dios hay movimiento, pero nunca movimiento perdido; Él siempre trabaja y opera hacia un fin predeterminado por el hecho de ser creados a Su imagen, por naturaleza somos constituidos para que podamos justificar nuestra existencia únicamente siempre y cuando estemos trabajando con ese propósito en mente. La actividad sin sentido está por debajo de la dignidad del ser humano. La actividad que no resulta en progreso hacia una meta es malgastada; sin embargo, la mayoría de los cristianos no tienen ningún fin claro y preciso que se esfuercen por alcanzar. En el carrusel religioso sin fin, ellos siguen malgastando tiempo y energía, de los cuales. Dios bien lo sabe, nunca tuvieron mucho, y tienen menos cada hora. Esta es una tragedia digna de la capacidad mental de autores como Esquilo o Dante.

Tras este trágico desgaste, por lo general, residen tres causas: El Cristiano tal vez sea ignorante de las Escrituras posiblemente sea incrédulo por falta de fe, o sea desobediente.

Yo creo que la mayoría de los cristianos, sencillamente, no tienen instrucción. Es posible que se les haya convencido que entren al Reino cuando estaban listos a medias. A casi todos los convertidos de los últimos treinta años, se les ha dicho que lo único que tenían que hacer es aceptar o recibir a Jesús como su Salvador personal y todo marcharía bien. Es posible que algún consejero le haya dicho que ahora tenía vida eterna y, sin lugar a dudas, iría al Cielo cuando muera, si el Señor no regresaba antes y se lo llevaba en triunfo antes que llegara el momento desagradable de la muerte.

Después de esa entrada precipitada al Reino, por lo general, no se le dice mucho más. El recién convertido se encuentra con un martillo y un serrucho, pero sin un plano a seguir. No tiene la más remota idea de lo que debiera construir, así que se dispone a la tarea monótona y rutinaria de pulir y bruñir sus herramientas una vez todos los domingos y guardarlas de nuevo en su caja.

Hay veces, sin embargo, que el cristiano malgasta sus esfuerzos por la incredulidad. Es posible que todos nosotros seamos culpables de esto en algún grado. En nuestras oraciones privadas y en nuestros servicios públicos siempre Le estamos pidiendo a Dios que haga cosas que Él ya ha hecho, o que no puede hacer a causa de nuestra incredulidad. Le rogamos e imploramos que hable, cuando Dios ya ha hablado, y en ese mismo momento nos está hablando. Le pedimos que venga, cuando Él está presente en ese momento y esperando que nosotros Le reconozcamos. Le pedimos al Espíritu Santo que nos llene, mientras que al mismo tiempo Se lo impedimos por nuestras dudas.

Por cierto que el Cristiano no puede esperar ninguna manifestación de Dios mientras viva en un estado de desobediencia. Si un hombre rehúsa obedecer a Dios en cualquier punto claro, si con toda porfía predispone su voluntad para resistir cualquier mandamiento de Cristo, el resto de sus actividades religiosas serán malgastadas. Puede asistir a la iglesia cincuenta años sin provecho. Es posible que diezme, que enseñe, que predique, que escriba, o que edite, o que dirija una conferencia bíblica hasta que esté demasiado anciano para realizarlo, pero

que no tenga nada más que cenizas al final. «Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios» escribió el profeta en el primer libro de Samuel 15:22.

Sólo me resta añadir que todo este trágico desperdicio y actividad malgastada es innecesaria. El cristiano creyente se deleita en cada momento en la iglesia, y los aprovecha bien. ¡El Cristiano instruido y obediente se rendirá a Dios tal como la arcilla se rinde en las manos del alfarero, y el resultado no será derrochado ni nada será malgastado, sino será algo para gloria eterna!

La transmutación de la riqueza

LA BIBLIA TIENE mucho que decir acerca de la riqueza. Nuestro Señor trató el tema con toda franqueza, como también lo hicieron Pablo y otros de los autores del Nuevo Testamento. Lo que ellos dijeron está relatado y merece un estudio más cuidadoso de lo que le presta la mayoría de los cristianos.

La riqueza, por supuesto, puede existir en muchas formas y en varios niveles. Una cosa podría ser valiosa en sí misma, o podría no tener ningún valor intrínseco, pero se le puede atribuir un valor arbitrario y, por consiguiente, podría llegar a ser un tesoro muy apreciado y apetecido entre los hombres. Por ejemplo, sería difícil concebir que de nada menos valioso en sí mismo que una concha marina sin valor, por consentimiento común con esa concha se pudiera adquirir patatas y cerdos, cosas que tienen valor real para la alimentación y la supervivencia de la gente de ciertas islas que subsisten de esos productos. Y por cierto que nadie pudiera imaginarse que un billete de banco, o un cheque tuviera algún valor aparte del que se le atribuye por ley y costumbre.

Una forma de riqueza para la cual se puede presentar poca excusa consiste de bagatelas a las cuales se les ha atribuido un valor enteramente artificial, tales como las antigüedades, los autógrafos, y las primeras ediciones de libros. Estos objetos constituyen riqueza únicamente en las mentes de unas pocas personas, pero debido al hecho que es la gente más pudiente y rica, saciada y hastiada de muchas cosas, esos juguetes o curiosidades suelen venderse a precios fabulosos o desorbitantes.

Otra forma de riqueza consiste en esos humildes artículos de primera necesidad para la vida humana sobre la tierra: el trigo, el aceite, los vegetales, las frutas, la lana, el agua, la madera; y éstos no deben ser despreciados ni siquiera por la persona de mentalidad más celestial. ¡Son los dones de Dios y debieran ser recibidos con mansedumbre y gratitud!

Otros tesoros de los más finos son los pertenecientes y pertinentes a nuestra condición física, tales como la salud, la vista, el oído; los tesoros de la mente, tales como la libertad, la amistad, el amor, la tranquilidad; los tesoros estéticos, tales como la música, la literatura y todas las cosas buenas y bellas.

Por encima de éstas, e incomparablemente mayores que cualquiera de las mencionadas, o todas ellas juntas, están los tesoros eternos en los lugares celestiales de los cuales habló Cristo en Su Sermón del Monte en Mateo capítulo 5, y los cuales el Apóstol Pedro describe en su Primera Epístola 1:4 como «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los Cielos para vosotros». Estos tesoros llegan a ser más reales para nosotros mientras más nos acerquemos a la unión consciente con Dios, y las formas más bajas de la riqueza pierden su valor correspondiente.

Nuestro Señor identificó las formas más altas de la riqueza en Mateo 6:33 como «el Reino de Dios y Su justicia». Esto abarca casi todo lo que el hombre redimido pudiera desear a través de las edades eternas. Sin embargo, no existía en las enseñanzas de Cristo nada de esa mendicidad voluntaria que consideraba los bienes terrenales como malos. Esto se desarrolló mucho más tarde entre los monjes y los anacoretas. Surgió de una falta de comprensión de las palabras de nuestro Señor, o bien fue pedido prestado del budismo. Cristo con toda franqueza reconoció el valor de la comida y la bebida y la ropa. Él las llamó «todas estas cosas». Les aseguró a Sus seguidores que el Padre sabía que ellos las necesitaban, y les prometió que Él se las daría como un premio, o añadidura a todos los que buscasen primero las riquezas más altas. (Véase Mateo 6:25 a 33).

Debido al hecho que Cristo conocía la tendencia del corazón humano de apearse demasiado a los bienes terrenales, Él les advirtió y amonestó contra ello. Las «cosas» que el Padre nos da deben estimarse meramente como provisionales, y nunca considerarse como nuestros verdaderos tesoros. El corazón siempre regresa a su verdadero tesoro, y si un hombre considera que el maíz es una forma real de riqueza, su corazón estará donde tenga su maíz. Muchos hombres tienen su corazón encerrado en una bóveda de banco, y muchas mujeres tienen su corazón en su caja de joyas, o en sus abrigo de pieles. ¡Es una gran tragedia moral cuando algo tan maravilloso como el corazón humano descansa sobre la Tierra y fracasa al no remontarse a su lugar que le corresponde en Dios en el Cielo!

El tesoro, dicho sea de paso, puede descubrirse por medio de esta prueba cuádruple: (1) Es lo que más atesoramos. (2) Es lo que menos quisiéramos perder. (3) Es aquello a lo cual se vuelven nuestros pensamientos con mayor frecuencia cuando estamos libres para pensar a entera libertad de nuestra voluntad. (4) Es aquello que nos proporciona el mayor placer.

Una de las glorias de la religión Cristiana es que la fe y el amor pueden transmutar los valores más bajos a los valores supremos y más altos. Las posesiones terrenales pueden tornarse en tesoros celestiales.

Es así: Un billete de veinte dólares, sin valor en sí mismo, puede transmutarse para comprar leche y huevos y fruta para alimentar a niños hambrientos. Los poderes físicos y mentales, valiosos en sí mismos, pueden transmutarse en valores incluso más altos, tales como un hogar y una educación para una familia. El lenguaje humano, uno de los mismos dones de Dios a la humanidad, puede convertirse en consolación para los deudos,

o esperanza para los desconsolados, y puede elevarse más alto y transformarse en oración y alabanza al Dios Altísimo.

Una cosa tan baja como el dinero, sin embargo, puede transmutarse en tesoros eternos. Puede convertirse en alimento para los hambrientos y ropa para los pobres; puede mantener a un misionero trabajando activamente ganando a los hombres perdidos a la luz del Evangelio y en esta forma transmutarse en valores celestiales.

¡Cualquier posesión temporal puede tornarse en riqueza eterna! ¡Todo lo que se dé o entregue a Cristo, .Él lo toca, o transmuta inmediatamente a la inmortalidad! ¡Hosanna a Dios en las alturas!

El cristiano es más sabio de lo que piensa

Es UNA IRONÍA que esta generación, que más que ninguna en la historia predica la hermandad del hombre, sea también la generación más agitada y rota por las riñas y la lucha fraterna.

La guerra, ya sea fría o caliente, ha plagado a la Tierra de manera incesante desde el día en que Caín mató a Abel hasta el momento actual; pero nunca antes en la historia de los hombres han existido odios tan profundos, tal enemistad o desunión de los corazones, tales suspicacias, acusaciones tan amargas, ni amenazas, ni competencias tan frenéticas para perfeccionar y amontonar las armas de horror capaces de aniquilar y eliminar ciudades enteras.

Por primera vez en la historia humana, el lenguaje de los generales y estadistas comienza a sonar como el Apocalipsis, y lo que más asusta es que la ciencia les ha entregado a los señores de la guerra los poderes apocalípticos para destruir el mundo.

La ciencia, la dulce diosa que hasta hace poco disponía de la Biblia como guía confiable y tomaba al mundo de la mano para conducirlo a un milenio producido por los hombres, se ha convertido en un dragón capaz de destruir ese mismo mundo de un coletazo.

El mundo habla de paz, y por la paz quiere decir la ausencia de la guerra. Lo que no considera es que existe otro significado del término, es decir, tranquilidad de corazón, y sin esa clase de paz, la paz del mundo seguirá siendo nada más que un sueño inalcanzable. Mientras que la paz entre las naciones siga dependiendo de los temperamentos de hombres viejos, coléricos, llenos de odio y frustración ante su disolución aparente, y que estén listos para hacer caer el mundo con ellos mismos al abismo, durante el lapso de tiempo que esto ocurra, no habrá paz entre las naciones.

A pesar de todos los libros publicados últimamente, la tranquilidad interior no puede encontrarse en la Tierra. La paz ha huido de las aulas y los corredores de la enseñanza, y si en alguna parte se encuentra, es entre los más humildes. Una vez el hombre buscaba la filosofía como una manera de vivir; de ella aprendían los individuos a estar satisfechos con su suerte, resignados y pacientes con los hombres y con la naturaleza. Sócrates, Marco Aurelio, Epíteto les podrían haber enseñado a Khrushchev, a Nasser y al Mariscal Tito, pero hombres como éstos no aprenden. El odio, la codicia y la avaricia, la megalomanía y la loca ambición que en todas las generaciones se sobrepasa empujan a los líderes de las naciones a matar de manera salvaje y destruir para conseguir sus fines increíblemente malignos.

Pero no es preciso que miremos a los reyes y generales para descubrir la bancarrota del mundo. Diríjase al negocio de la esquina; maneje su automóvil por una calle muy transitada; eche un vistazo a la gente que sube o baja de un bus; trate de comprar o vender una casa; en pocas palabras, ocúpese de cualquier empresa común y el secreto está a la vista inmediatamente. Entre los hijos de los hombres caídos no existe paz de la mente ni del corazón.

La verdadera paz es un don de Dios, pero hoy se encuentra únicamente en las mentes de los niños inocentes y en **los** corazones de los cristianos confiados. Jesús dijo en Juan 14:27: «La paz os dejo, Mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo.»

Es hora que nosotros los cristianos despertemos al hecho que el mundo no nos puede ayudar en nada que realmente importe. Ni los educadores, ni los legisladores, ni los científicos nos pueden traer y proporcionar la tranquilidad del corazón, y sin tranquilidad, cualquier otra cosa que nos dieran sería inútil al final. Por más de medio siglo yo he escuchado sus promesas, y hasta la fecha ellos han fracasado en cumplir siquiera una de ellas. Volverse a Dios es ahora lo único razonable que podemos hacer; no nos queda una segunda alternativa. «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna», afirmó Pedro en Juan 6:68.

Es un pensamiento irónico también que los hombres caídos, aunque no puedan cumplir sus promesas, siempre son capaces de llevar a cabo sus amenazas. Por décadas nos han estado prometiendo un mundo sin guerras, donde la paz y la hermandad se unan en silencio como una paloma en vuelo. Todo lo que nos han entregado es el control de unas pocas enfermedades y las comodidades debilitantes de una vida de presionar botones. Los hombres de ciencia han extendido nuestras vidas un poco más tiempo para permitirnos que permanezcamos para ver cómo muere nuestra generación uno por uno; y cuando los años más maduros se nos vienen encima, nos obligan a jubilar y nos lanzan a ocupar un espacio en un mundo que ya no tiene lugar para nosotros, un mundo que no nos comprende a nosotros y al cual nosotros no comprendemos.

Pero las bombas atómicas y los misiles intercontinentales y submarinos atómicos capaces de vomitar muerte radiante sobre nosotros desde debajo de la superficie del mar -éstos los han perfeccionado y están listos para usar en cualquier momento en que el temperamento y genio no controlado de un presidente o primer ministro pierda suficientemente el control de las riendas.

En vista de todo esto, ¿cuan sabio es el hombre que ha hecho del Dios de Jacob su esperanza y ha buscado su refugio en la Roca de los Siglos! El cristiano ha repudiado un mundo que únicamente puede dar validez a sus amenazas y ha huido para buscar refugio en el Salvador, quien le espera largo tiempo antes de cumplir Sus amenazas, pero está presto en cualquier momento a cumplir una promesa.

Es posible que los grandes hombres de la Tierra hayan desdeñado al cristiano después de todo. Cuando arribe el gran día, el cristiano podrá pararse como Abraham sobre la llanura en llamas y mirar el humo que asciende de las ciudades que se olvidaron de Dios. ¡Ni la ciencia, ni el conocimiento son capaces de apagar los fuegos del juicio en ese día, pero un cristiano puede lanzar una mirada furtiva al Calvario y saber que su juicio ya ha pasado!

La comunión de la hermandad

UNA COSA QUE de manera instantánea llama la atención al lector inteligente del Nuevo Testamento es la naturaleza comunal de la fe Cristiana. Los pronombres sociales, nosotros, ellos, nos, se encuentran por todas partes. El ideal de Dios es una comunión de fe, una comunidad Cristiana. Él nunca quiso que la salvación fuera recibida y disfrutada por el individuo aparte de la compañía y comunidad mayor de los creyentes.

Es verdad que para cada uno tiene que haber un encuentro personal con Dios, y con frecuencia ese encuentro toma lugar en la soledad y el silencio del aislamiento. En ese momento sagrado tienen que estar únicamente Dios y el alma individual. La operación misteriosa de Dios en la gracia de la regeneración y Su obra posterior de la unión del Espíritu Santo son transacciones de tal altura personal que ningún tercero puede conocer y comprender lo que está ocurriendo.

Hay otras experiencias profundas y enteramente internas que no pueden compartirse con nadie: Jacob en Betel y Peniel, Moisés en la zarza ardiente, Jesucristo en el huerto, Juan en la isla de Patmos son ejemplos bíblicos, y las biografías Cristianas revelan muchos más. Una comunidad de creyentes tiene que componerse de personas que se han encontrado con Dios en la experiencia personal. ¡No importa cuán grande sea la familia, cada hijo tiene que nacer en forma individual! Incluso los gemelos o trillizos tienen que nacer uno a la vez. Lo mismo ocurre en la iglesia local. Cada miembro tiene que nacer del Espíritu Santo en forma individual.

No se le debería escapar al lector que aunque cada niño nace por separado del resto, nace en una familia, y después de eso vive en la comunidad del resto del hogar. Y el hombre que viene a Cristo en la soledad de su arrepentimiento personal y su fe también nace en una familia. A la Iglesia se la llama la familia de Dios, y es el lugar ideal para criar a los cristianos jóvenes. Tal como un niño no crecerá, ni se desarrollará para convertirse en un adulto normal si se ve obligado a vivir solo, también el Cristiano que se aísla de la comunión con otros Cristianos sufrirá gran daño y perjuicio en su alma como resultado de su aislamiento. Dicha persona no puede esperar su desarrollo normal. Se encontrará con demasiado de sí mismo y no suficiente de otras personas; y eso no es bueno en absoluto.

Dios nos ha creado para que nos necesitemos el uno al otro. Deberíamos entrar a nuestro cuarto de oración y orar a nuestro Padre Celestial en secreto, pero cuando terminemos de orar, deberíamos salir y regresar donde está la gente. Es aquí donde nos corresponde estar.

El vivir dentro de la familia religiosa no significa que aprobemos todo lo que allí se hace y ocurre. Los profetas de Israel se vieron obligados muchas veces a reprender y advertir a su pueblo, pero nunca se alejaron del seno del judaísmo. El mismo Cristo acudió al templo o sinagoga todos los días sábado y adoró con el resto de las personas. Los reformadores y evangelistas de los avivamientos posteriores a los tiempos bíblicos invariablemente vivieron cerca de la gente. Los más solitarios y severos de todos tenían su compañía de almas afines en quienes encontraban ayuda y consuelo cuando sus corazones dolidos lo requerían. Su ejemplo no conlleva la autoridad de la verdad revelada, pero sí provee una regla que bien deberíamos seguir.

Nadie tiene bastante sabiduría para vivir solo, ni es bastante bueno, ni tiene fuerzas suficientes. Dios nos ha hecho en gran grado mutuamente dependientes el uno del otro. De nuestros hermanos podemos aprender a hacer cosas, y a veces podemos aprender cómo no hacer las cosas. El mejor de los cantantes necesita su maestro para evitar que sus defectos se vuelvan crónicos. El predicador que únicamente se escucha a sí mismo pronto aceptará que aun sus peores idiosincrasias sean marcas y señales de excelencia. Necesitamos escuchar a otros para aprender qué debemos corregir en nosotros. Esto también es verdad con respecto a los aspectos morales y espirituales dentro del círculo de la familia Cristiana. Un cristiano débil y lleno de faltas, sin saberlo, puede evitar e impedir que le sigamos en su estilo de vida, y todo santo recto y fructífero dentro de nuestro círculo de comunión se convierte en un aguijón o acicate para estimularnos e impulsarnos adelante hacia una vida más perfecta.

Después de nuestra necesidad de Dios, nos necesitamos los unos a los otros más que cualquier otra cosa. Nosotros somos Sus ovejas, y es nuestra naturaleza vivir con el rebaño. Y también, es bueno que recordemos que si por un momento perdemos de vista al Pastor, lo único que tenemos que hacer es seguir donde va Su rebaño para encontrarlo de nuevo. ¡El Pastor siempre permanece con el rebaño!

La unidad de todas las cosas

EL PENSAMIENTO Y LA ORACIÓN y una comprensión espiritual de las Sagradas Escrituras revelará la unidad de todas las cosas.

Lo que parece ser un millón de fenómenos separados y no relacionados, en la realidad, son únicamente fases diferentes de un solo todo. Todo está relacionado a todo lo demás, o el resto.

No puede ser de otra forma, debido al hecho que Dios es uno solo. Todas Sus palabras y actos están relacionados entre sí, porque están relacionados con Él. Dios Se reveló a Sí mismo en la historia como el Redentor del mundo, «un poquito allí, otro poquito allá»; como dice Isaías 28:10, en la medida en que los hombres caídos son capaces de recibirle, y todo lo que Él dio a conocer con respecto a Sí mismo estaba de acuerdo consigo mismo y con todo el resto de lo que Él había revelado previamente.

En Dios no hay ningún era ni ningún será, sino únicamente un es sin ninguna interrupción ni rotura en la secuencia. En Dios la historia y la profecía son una y la misma cosa. A nosotros los hombres, sumergidos en el tiempo, se nos podría decir con toda exactitud que la profecía es la predicción de la historia y la historia es el cumplimiento de la profecía; pero eso se debe únicamente a que nosotros estamos sumergidos en el tiempo. Miramos hacia adelante a eventos que se han predicho y hacia atrás a acontecimientos que ya han ocurrido; pero Dios contiene el pasado y el futuro en Su Ser que lo abarca todo. Para Dios todos los eventos ya han ocurrido o, tal vez, sería más exacto decir que están ocurriendo. Con Él no puede existir la memoria de cosas pasadas, ni una expectación de cosas que ocurrirán, sino únicamente un conocimiento de todas las cosas pasadas y futuras de manera instantánea presente ante Su mente.

Todo lo que Dios es está de acuerdo con todo el resto de lo que El es. Todos los pensamientos que Dios entretiene son uno con todos los otros pensamientos. Su actitud hacia el pecado, y la justicia, y la vida, y la muerte, y la miseria humana no han cambiado, sino que permanecen exactamente iguales con lo que han sido desde los oscuros comienzos de los tiempos de la precreación antes que la humanidad hubiera surgido como una corriente de la historia.

La noción de que el Antiguo Testamento difiere de manera radical del Nuevo Testamento es errónea. Dios escribió ambos y en ellos reveló ciertas leyes espirituales que sirven de trasfondo a todos Sus actos creativos y redentores. Estas leyes son una y la misma cosa dondequiera que operen, en el Cielo, o la Tierra, o el Infierno. La Biblia revela a Dios actuando como Él mismo en todo lo que toca a Su creación; Y un Dios inmutable y sin cambios se ve allí actuando según los principios morales y espirituales que jamás podrán cambiar ni dejarán de existir.

En todo esto debemos tomar en consideración la presencia del pecado, el misterio del mal, ese misterio maligno que Dios permite que siga furiosamente en existencia frenética durante el tiempo actual en toda la Tierra; o, mejor pudiera decirse, que Dios permite que corra furiosamente con frenesí en el universo dentro de ciertos límites claramente delineados y definidos.

El pecado ha traído la diversidad, la separación, la disimilitud, y ha introducido divisiones entre un universo que es esencialmente uno solo. Aunque no tengamos la esperanza de comprender esto, debemos reconocerlo como un hecho y retraernos de emitir conclusiones finales acerca de ello hasta que la evidencia esté toda reunida y debido a la glorificación moral e intelectual estemos equipados a tratar con ello. Entonces se verá que Dios hace todas las cosas bien; ahora tenemos que creer sin mayores pruebas. La fe reposa sobre el carácter de Dios y, si nosotros creemos que Dios es perfecto, llegaremos a la conclusión de que todos Sus caminos son perfectos también.

El concepto de la unidad de todas las cosas atraviesa todas las Sagradas Escrituras. Se hace hincapié en ello en la Teología devocional y aparece con frecuencia en la himnología Cristiana. Poetas como Guillermo Wordsworth lo revelan. Su extenso poema «El Preludio» celebra la unidad orgánica del mundo y muestra que cada cosa simple o sencilla es parte de un todo creado.

La obra de Cristo en la redención logrará en última instancia la expulsión del pecado, el único agente divisivo en el universo, y se conseguirá la unificación de todas las cosas. «Por cuanto agradó al Padre que en El habitase toda plenitud, y por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la Tierra como las que están en los Cielos, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz» (Colosenses 1:19 y 20). Mientras más se acerque el alma Cristiana a Cristo en experiencia personal, más perfecta llega a ser la unidad interna, esto incluso ocurre ahora mismo.

Los profetas y salmistas del Antiguo Testamento lucharon, al igual que nosotros, con el problema del mal en un universo divino, pero su acercamiento a Dios y a la naturaleza fue mucho más directo que el nuestro. No interpusieron entre Dios y Su mundo esa tela opaca que nosotros los modernos llamamos las leyes de la naturaleza. Ellos podían ver a Dios en un torbellino y escucharle en una tormenta, y no vacilaron en decirlo. Existía en

sus vidas una comprensión que abarcaba lo divino. Ellos no se sentían solitarios en un mundo de leyes impersonales como están los hombres hoy. Dios estaba cerca a ellos, y todo en el Cielo y sobre la Tierra les aseguraba que éste era el mundo de Dios y que Él gobierna sobre todo.

Una vez escuché a un obispo metodista contar que cuando él era un joven ministro le llamaron junto al lecho de una anciana, a quien, obviamente, le restaban pocas horas en este mundo. El obispo admitió que él estaba bastante asustado, pero la santa anciana se encontraba totalmente relajada y radiante de gozo. Él trató de condolerse con ella y murmuró algo acerca de la tristeza que sentía porque ella tenía que morir, pero ella no le permitió seguir hablando. «¡Dios le bendiga, jovencito», le dijo con gozo; «no hay nada que temer. Solamente voy a cruzar el Jordán en pocos minutos, y mi Padre es el dueño de los terrenos en ambas riberas.»

¡Ella comprendía acerca de la unidad de todas las cosas!

La cercanía significa semejanza

UN PROBLEMA SERIO y que suele afligir a muchos cristianos es esa sensación o sentimiento de que Dios está muy lejos de ellos, o que ellos están lejos de Dios, lo que equivale y resulta en lo mismo.

Es difícil regocijarnos en el Señor cuando estamos sufriendo de este sentido de aislamiento remoto. Es como tratar de tener un verano cálido y brillante sin el sol. El problema principal aquí, por supuesto, no es intelectual, y no se puede curar por medios intelectuales; sin embargo, la verdad tiene que penetrar en la mente antes de que pueda entrar al corazón, así que es preciso que razonemos juntos acerca de todo esto. En los temas y asuntos espirituales pensamos de modo correcto únicamente cuando con valor desterramos el concepto del espacio. Dios es espíritu, y el espíritu no mora en el espacio. El espacio tiene que ver con la materia, y el espíritu es independiente del espacio. Por el concepto del espacio nos referimos a la relación de los cuerpos materiales entre sí.

Nunca debemos pensar de Dios como cerca o remoto en el espacio, porque Él no está aquí ni allí, sino que conlleva el aquí y el allí en Su corazón. El espacio no es infinito, como algunos han creído; el único infinito es Dios y en Su infinitud Él abarca y traga todo el espacio. «¿No lleno yo los Cielos y la Tierra? dice el Señor.» Dios llena los Cielos y la Tierra como el océano llena el balde que se sumerge en él; como el océano rodea el balde, así también Dios llena el universo. Según 2^o Crónicas 6:18: «Los Cielos de los Cielos no te pueden contener.» Dios no está contenido: Dios contiene.

Como criaturas nacidas en la Tierra, en forma natural tendemos a pensar en analogías terrenales. «El primer hombre es de la Tierra; el segundo hombre, que es el Señor, es del Cielo», dice Primera de Corintios 15:47. Dios nos creó almas vivientes y nos dio cuerpos por medio de los cuales podemos tener experiencias con el mundo que nos rodea y comunicarnos los unos con los otros. Cuando el hombre cayó a causa del pecado, comenzó a pensar que tenía un alma, en vez de que él era un alma. Es muy diferente que un hombre piense que él es un cuerpo que tiene un alma, o que piense que él es un alma que tiene un cuerpo.

El alma es interna y está escondida, mientras que el cuerpo siempre está presente a los sentidos; como consecuencia, tenemos la tendencia de ser conscientes del cuerpo, y el concepto de cerca o remoto, que atañe a cosas materiales, nos parece bastante natural para referirnos a Dios. Pero es válido únicamente cuando se aplica a criaturas morales. Cuando tratamos de aplicarlo a Dios, ya no retiene su validez.

Sin embargo, cuando hablamos de hombres que estén «lejos» de Dios hablamos la verdad. El Señor dijo de Israel en Isaías 29:13: «Porque este pueblo se acerca a Mí con su boca, y con sus labios Me honra, pero su corazón está lejos de Mí, y su temor de Mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado.» Allí tenemos la definición de lejos y cerca en nuestra relación con Dios. Las palabras no se refieren a la distancia física, sino a la semejanza.

Que ese Dios está igualmente cerca a todos los lugares y partes de Su universo se enseña con claridad meridiana en las Escrituras. (Véase el Salmo 139 versículos 1 al 18); sin embargo, algunos seres experimentan Su presencia y cercanía, mientras que otros no lo logran, dependiendo de su semejanza moral a Él. Es la falta de semejanza que crea el sentido de alejamiento de las criaturas entre sí y su distanciamiento de Dios.

Dos criaturas pueden estar tan cerca que se tocan en lo físico; sin embargo, debido a la disimilitud de sus naturalezas pueden estar a millones de kilómetros de distancia. Un ángel y un mono pueden estar en el mismo recinto, pero la diferencia radical entre sus naturalezas haría imposible su comunión. Estarían «lejos» el uno del otro en realidad.

Para la disimilitud moral entre el hombre y Dios, la Biblia tiene una palabra, la enemistad, y el Espíritu Santo presenta un cuadro terrible de esta enemistad y cómo opera y se traduce en la naturaleza humana. La naturaleza caída del hombre es precisamente lo opuesto a la naturaleza de Dios tal como Se revela en Jesucristo. Debido al hecho que no existe semejanza moral, no hay comunión, se experimenta un sentido de distanciamiento físico, el sentir que Dios está lejos en el espacio. La noción errónea disuade de la oración y evita que muchos pecadores crean para vida eterna.

En Hechos 17:16 a 34 Pablo alienta a los atenienses recordándoles que Dios no estaba lejos de ninguno de ellos, que era en Él que vivían y se movían y tenían su existencia. Sin embargo, los hombres piensan en Dios como más distante que la estrella más lejana. La verdad es que Dios está más cerca de nosotros que nosotros mismos.

Pero, ¿cómo puede el pecador consciente levantar un puente sobre el gran abismo que le separa de Dios en la experiencia? La respuesta es que no puede, pero la gloria del mensaje Cristiano es que Cristo es el puente. Por medio de la sangre de Su cruz, Él hizo la paz para poder reconciliar todas las cosas con Él. «Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha

reconciliado en Su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de Él» (Colosenses 1:21 y 22).

El nuevo nacimiento nos hace partícipes de la naturaleza divina. Allí comienza la obra de deshacer la disimilitud entre nosotros y Dios. Desde allí progresa la amistad por la operación santificadora del Espíritu Santo hasta que Dios esté satisfecho. Esa es la Teología de la Presencia de Dios, pero como ya he dicho, incluso el alma regenerada puede a veces sufrir del sentimiento que Dios esté lejos de él. ¿Qué debería hacer entonces?

Primero, el problema puede residir en nada más que un quiebro o rompimiento temporal en la comunión consciente con Dios debido a cualquiera de un medio centenar de causas. La cura es la fe. Confíe en Dios en las tinieblas hasta que vuelva a irradiar la luz.

Segundo, si persistiera el sentido de aislamiento remoto a pesar de la oración y lo que usted percibe como la fe, mire y considere su vida interior para encontrar las evidencias de actitudes erradas, malos pensamientos, o faltas de temperamento o disposición. Estas son muy distintas a los atributos de Dios y crean un abismo psicológico entre usted y Dios. ¡Deshágase de todo mal, crea, y el sentido de la presencia y cercanía de Dios serán restaurados! ¡En primer lugar. Dios nunca estaba lejos!

El trabajo y la adoración

PARA COMPRENDER la importancia relativa del trabajo y la adoración es preciso conocer la respuesta a la pregunta familiar: «¿Cuál es el fin y propósito principal del hombre?» Es difícil mejorar la respuesta que nos entrega el Catecismo de Westminster: «Glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre», aunque, por supuesto, esto constituye sólo un bosquejo y necesita ampliarse bastante si se ha de convertir en una respuesta completa y satisfactoria.

El propósito primordial de Dios en la creación fue preparar seres morales espiritual e intelectualmente capaces de adorarle a Él. Esto ha sido tan vastamente aceptado por los teólogos y los expositores bíblicos a través de los siglos que no haré ningún intento de probarlo aquí. Se enseña en forma total y cabal en las Sagradas Escrituras y se ha demostrado con abundantes pruebas que Dios vive en los corazones de los santos. Con certeza podemos recibirlo como un axioma, y podemos proseguir desde ese postulado.

En un tiempo Dios existió en la perfección inefable de la belleza con la presencia única de las Personas del Dios Trino para conocerse y amarse mutuamente.

"Cuando el Cielo y la Tierra no existían, Y el tiempo aún no transcurría, Tú en Tu inefable majestad Vivías y amabas en soledad."

Entonces Dios trajo a la existencia todas las cosas «Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que están en los Cielos y las que están sobre la Tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él» (Colosenses 1:16).

«¿Cuán maravillosa es la Creación, La obra que hiciste con bendición! ¡Pero cuánta será la sin par hermosura de Tu inefable y eterna dulzura!"

Dios es la esencia de toda belleza, la fuente de toda dulzura espiritual que pueda conocerse, o que sea anhelada por los seres morales. Dios puede amarse a Sí mismo con un amor santo e inefable, el cual nosotros, criaturas caídas, podemos contemplar únicamente con rostros velados y del cual nos atrevemos a hablar únicamente con reverencia silenciosa y con admisión humilde de todo, excepto ignorancia total.

Por ese desastre moral conocido en la Teología como la caída del hombre, un orden entero de seres fue arrancado con violencia de su lugar debido en el esquema creacional y, literalmente, fue volcado al revés. Las criaturas humanas que habían sido creadas para admirar y adorar a la Deidad, se apartaron de Él y comenzaron a verter su amor, primeramente, sobre sí mismos y, entonces, sobre cualquier objeto barato y chillón que encontraran sus concupiscencias y pasiones. El primer capítulo de Romanos describe el camino del corazón humano por la pendiente hacia abajo desde el conocimiento de Dios hasta la idolatría más degradada y los pecados de la carne. La historia es poco más que el relato de los pecados del hombre, y los periódicos no son nada más que un comentario al respecto.

La obra de Cristo en la redención, a pesar de todo su misterio, tiene un fin sencillo y comprensible: es restaurar a los hombres a la posición de la cual cayeron y traerles de nuevo a ser los admiradores y amantes del Dios Trino. Dios salva a los hombres para convertirlos en adoradores.

El gran hecho central ha sido vastamente olvidado hoy, no por los liberales y las sectas únicamente, sino por los cristianos evangélicos también. Por enseñanza directa, por historia, por ejemplo, por presión psicológica obligamos a nuestros nuevos convertidos a «ir a trabajar para el Señor». Descartando el hecho que Dios los ha redimido para hacer de ellos adoradores, les lanzamos al «servicio», como si el Señor estuviera reclutando obreros para un proyecto en vez de buscando restaurar seres morales a una condición donde ellos pudieran glorificar a Dios y disfrutar de Su presencia para siempre.

Esto no es decir que no haya trabajo que realizar; por cierto que lo hay, y Dios en Su amor condescendiente obra en y por intermedio de Sus hijos redimidos. Mateo 9:38 y 39 nos mandan orar al Señor de la mies que Él envíe obreros a Su campo de trabajo. Lo que estamos desestimando es que nadie puede ser un obrero si no es primero un adorador. El trabajo y la labor que no nacen, ni surgen, ni proceden de la adoración son fútiles y vanos y sólo serán madera, heno y hojarasca en el día en que las obras de todos los hombres serán probadas.

Podría declararse como un axioma que si no adoramos, nuestro trabajo no es aceptable. El Espíritu Santo puede obrar únicamente por intermedio de un corazón que adora y por ningún otro medio. Podemos hacer todos los movimientos y engañarnos a nosotros mismos por nuestra actividad religiosa, pero estamos preparándonos para una desilusión chocante algún día.

Sin lugar a dudas que el énfasis en la enseñanza Cristiana hoy debería ser sobre la adoración. Existe poco peligro que lleguemos a ser meramente adoradores y seamos negligentes en cuanto a las implicancias prácticas del Evangelio. Nadie puede adorar a Dios por mucho tiempo en espíritu y en verdad antes de sentirse obligado

a responder al servicio santo y que ese llamado se haga irresistible. ¡La comunión con Dios conduce directamente a la obediencia y a las buenas obras! ¡Ese es el orden divino y jamás puede invertirse!

Los poderes que nos moldean

AFORTUNADAMENTE PARA TODOS NOSOTROS, la naturaleza humana no es fija, ni estática, sino plástica, o maleable, que se puede plasmar. Todos los seres humanos están en el estado de llegar a ser, de pasar de lo que fue a lo que será. Esto es tan cierto acerca del Cristiano como de cualquier otro individuo.

El nuevo nacimiento no produce el producto final. La nueva criatura que nace de Dios está tan lejos de su estado completo y final como el bebé que nació hace una hora. Ese nuevo ser, el momento en que nace, está colocado en las manos de poderosas fuerzas moldeadoras que llegan lejos en determinar lo que será, si se convertirá en un ciudadano recto, o en un criminal. La única esperanza para él es que más adelante pueda escoger qué fuerzas le moldearán y, por el ejercicio de su propia decisión, él puede colocarse en las mejores manos. En ese sentido, él se moldea a sí mismo, y es responsable, en última instancia, por su resultado final.

No es de otra manera con el cristiano. Él podría formarse colocándose primero en las manos del Supremo Artista, Dios, y entonces someterse a las influencias santas y poderes formativos que le conviertan en un hombre de Dios. O podría, de manera necia, confiarse a manos indignas y llegar a ser un vaso mal formado e inartístico, de poco uso a la humanidad y un ejemplo pobre de la habilidad del Alfarero Celestial.

A cualquiera que quisiera objetar que no podemos formarnos a nosotros mismos, que Dios sólo puede formarnos, le ofrecemos la siguiente explicación: Un joven decide que quiere los beneficios sanos de broncearse al sol. ¿Se broncea solo, o lo broncea el sol? Por supuesto que la respuesta es que él se broncea por exponerse al sol. Él no tiene más que entrar en contacto con los rayos solares y el sol se encarga del resto.

Así también nosotros moldeamos nuestras vidas exponiéndolas a las influencias que nos moldean, buenas o malas, que residen a nuestro alrededor. Hagamos descender este pensamiento de lo teórico a la práctica, e identifiquemos algunos de los poderes que nos moldean.

LOS AMIGOS. Todos nosotros somos influenciados poderosamente por nuestros compañeros. Aun los caracteres más fuertes reciben la influencia de la compañía que frecuentan. Ellos se podrían adular a sí mismos que, con sus personalidades dominantes, son ellos los que están influyendo con sus vidas en sus amigos; pero no podemos escapar al poder de nuestras amistades.

LA LITERATURA. Lo que leamos con agrado hace mucho para decidir lo que llegaremos a ser al final. Prestarle la mente al hechizo de un libro es convertirse en arcilla en las manos del alfarero. En nuestro sistema Protestante nadie puede decidir lo que se debe leer, pero lo que leamos nos moldeará para bien o para mal.

LA MÚSICA. Existe en la música un encanto sutil que ninguna persona normal puede resistir. Opera acondicionando a la mente y disponiéndola para la recepción de ideas, morales e inmorales, que, a su vez, preparan la voluntad para actuar, ya sea en la justicia o rectitud, o en el pecado. La noción que la música y el canto son meramente para entretenimiento, y que su efecto es ínfimo e irrisorio, constituye un craso error. En la realidad, ejercen una poderosa influencia creativa sobre la formativa alma humana. Y sus efectos permanentes se harán aparentes en nuestro crecimiento en la gracia, o en el pecado.

LOS PLACERES. La constitución humana está construida para requerir una cierta cantidad de placer; está hecha con ese propósito, tal como el arpa es fabricada para la música, y el individuo permanece incompleto y sin cumplir su objetivo sin placer. El pecado radica y reside no en recibir placer, sino en privarnos del placer por los motivos equivocados, o por objetivos errados. Una madre atendiendo a su bebé en una radiación de delicia, o sonriendo en la muerte cuando escucha que su recién nacido es normal y que vivirá, presentan cuadros tiernos de los placeres no egoístas. Un hombre en la mesa de juego, fascinado por las emociones de ganar, o estremecimientos de perder del jugador, es un ejemplo de placeres degradados y desmoralizantes. El Cristiano debería mirar bien sus placeres, porque o, bien le ennoblecerán, o le degradarán, y esto ocurre por una ley del alma de la cual nadie puede escapar.

LAS AMBICIONES. Todos los grandes santos del mundo fueron hombres ambiciosos que avanzaron movidos e impulsados por una urgencia interior que por fin llegó a ser demasiado para ellos. Pablo declaró su ambición como un anhelo de conocer a Cristo y participar en el significado más completo de Su muerte y resurrección, y hacia esa meta él se lanzó y esforzó con todo lo que en él había. Por esta ambición fue impelido hacia arriba al pináculo de la perfección espiritual. Las ambiciones carnales y egoístas, sin embargo, han tenido el efecto opuesto. Cada persona debería examinar sus ambiciones, porque le formarán, tal como un artista moldea la arcilla dócil.

LOS PENSAMIENTOS. Nosotros los cristianos tenemos que tomar en consideración el tremendo poder que reside en los pensamientos sencillos y comunes. Hemos permitido que nos priven y roben un precioso tesoro por las murmuraciones y cháchara de misteriosos y horripilantes ocultistas y seudorreligionistas que le conceden importancia excesiva a la mente humana, o sea que la ponderan demasiado, o bien hay otros que no la comprenden en absoluto, ni la cotizan para nada. De la compañía de ellos nos hemos vuelto y apartado, a tal grado que nos hemos olvidado que un hombre se convertirá al final en lo que sus pensamientos activos lo hagan. No es demasiado decir que ningún cristiano haya caído en algún pecado, en el que primero no se haya permitido pensar con creciente deseo. Y todas las almas santas conocen cuánto han significado las meditaciones espirituales para su éxito total en su vida interior. «Como el hombre piensa en su corazón, así es.»

Por supuesto que hay muchos más, pero éstos se encuentran entre las fuerzas mayores que moldean nuestras vidas. Para resumirlo todo, el Cristiano sabio se aprovechará de todos los medios propiamente tales *de* la gracia y todas las influencias ennoblecedoras y purificadoras que Dios en Su providencia haya ubicado a nuestro paso. Por el contrario, evitará toda influencia degradante y huirá de esas fuerzas que conducen al mal. ¡Sólo tiene que cooperar con Dios al abrazar el bien! ¡Dios mismo hará el resto!

¿Por qué somos tibios acerca del regreso de Cristo?

Poco DESPUÉS del fin de la Primera Guerra Mundial, recuerdo haber escuchado decir a un gran predicador del Sur de los Estados Unidos que él temía que el intenso interés en las profecías contemporáneas en ese tiempo resultaran en la muerte de la bendita esperanza cuando los acontecimientos comprobaran que los afanados intérpretes estaban equivocados.

El hombre resultó ser un profeta, o un notable y astuto estudiante de la naturaleza humana, porque ha ocurrido exactamente lo que él predijo. La esperanza de la venida de Cristo casi ha muerto entre los evangélicos.

No quiero decir con esto que los Cristianos que siguen la Biblia han descartado la doctrina del segundo advenimiento. De ninguna manera. Ha habido, como toda persona bien informada sabe, un ajuste entre algunas de las posturas de nuestro credo profético, pero la vasta mayoría de los evangélicos continúa sosteniendo la creencia que Jesucristo alguna vez en realidad volverá a la Tierra en persona. El triunfo máximo de Cristo al final se acepta como una de las doctrinas inamovibles de las Sagradas Escrituras.

Es verdad que en algunos ámbitos las profecías de la Biblia se exponen ocasionalmente. Esto es verdad, de manera particular, entre cristianos hebreos quienes, por razones fácilmente comprensibles, parecen sentirse más cerca a los profetas del Antiguo Testamento que los creyentes gentiles. Su amor por su pueblo, de modo natural, les conduce a aferrarse a cualquier esperanza de la conversión y restauración final de Israel. Para muchos de ellos, el retorno de Cristo representa una solución rápida y feliz del «problema judío». Los largos siglos de exilio y vagancia terminarán cuando Cristo venga y Dios por fin «restaurará al pueblo de Israel». No nos atrevamos a permitir que nuestro profundo amor por nuestros hermanos hebreos nos ciegue a las implicaciones políticas obvias de este aspecto de la esperanza Mesíasica. No les culpamos por esto. Meramente queremos llamar la atención a ello.

Sin embargo, el retorno de Cristo como una bendita esperanza, como ya he dicho, está casi muerto en nuestro medio. La verdad con respecto al segundo advenimiento, dondequiera se presente hoy en día, en la mayoría de los casos, o bien es académico, o es político. El elemento del gozo personal está ausente en absoluto. ¿Dónde están aquellos que digan:

«Desmayamos, Oh Cristo, por la hora del cumplimiento, Que Tus pies pisen la Tierra en Tu gran advenimiento»?

El anhelo de ver a Cristo que ardía en los pechos de esos primeros cristianos pareciera haberse extinguido. Lo único que nos quedan son las cenizas. Es precisamente el «anhelo» y el «desmayar» por el retorno de Cristo que ha distinguido la esperanza personal de la esperanza teológica. Una amistad más cercana con la doctrina correcta es un sustituto pobre para reemplazar a Cristo; y la familiaridad con la escatología del Nuevo Testamento jamás tomará el lugar ni reemplazará un deseo ardiente inflamado e inspirado por el amor de ver Su rostro.

Si el anhelo tierno se ha desvanecido de la esperanza de Su advenimiento hoy debiera haber una razón para ello; y yo pienso que sé lo que es, o lo que son, porque hay varias de ellas. Una es, sencillamente, esa Teología popular fundamentalista que hace hincapié en la utilidad de la cruz más bien que en la belleza de Aquel que murió en ella. La relación del hombre salvado con Cristo se ha convertido en un contrato en vez de algo personal. Se ha hecho hincapié en la «obra» de Cristo hasta que ha eclipsado a la Persona de Cristo. Se ha permitido que la sustitución sobrepase la identificación. Lo que Él ha hecho por mí parece ser más importante que lo que Él es para mí. A la redención se la mira como una transacción de mostrador que nosotros «aceptamos», y a todo esto le falta contenido emocional. Tenemos que amar mucho a una persona para quedarnos despiertos y anhelar su llegada, y eso pudiera explicar la ausencia del poder en la esperanza del advenimiento, incluso entre los que creen en esa venida.

Otra razón por la ausencia de un anhelo real por el retorno de Cristo es que los cristianos están tan cómodos en este mundo que les queda poco deseo de salir y dejarlo. Para aquellos líderes que han marcado el paso de la religión y determinado su contenido y calidad, el Cristianismo se ha convertido en una empresa sumamente lucrativa. Las calles de oro no tienen gran apelación ni atractivo para aquellos que lo encuentran tan fácil amontonarse oro y plata en el servicio del Señor aquí en la Tierra. Quisiéramos reservar la esperanza del Cielo como una especie de seguro contra el día de la muerte, pero mientras que estemos sanos y cómodos, ¿por qué cambiar un bien conocido por algo acerca de lo cual sabemos poco? Así razona la mente carnal, y todo esto es tan sutil que apenas nos damos cuenta de ello.

Por otra parte, en estos tiempos la religión se ha convertido en algo muy entretenido aquí en este mundo presente, ¿y cuál es el apuro de ir al Cielo? El Cristianismo, contrario a lo que algunos habían pensado, es otra forma de entretenimiento más alta y sublime. Cristo ha padecido todos los sufrimientos. Él ha vertido todas las lágrimas y cargado todas las cruces; nosotros no tenemos más que gozar los beneficios de su quebrantamiento

de corazón en la forma de una religión llena de placeres, según el modelo del mundo, pero realizada en el nombre de Jesús. Así dice la misma gente que afirma creer en la Segunda Venida de Cristo.

La historia revela que los tiempos de sufrimiento de la Iglesia han sido también los tiempos en que se miraba hacia arriba- La tribulación siempre ha templado al pueblo de Dios y le ha alentado a esperar y a anhelar el retorno de su Señor. Nuestra preocupación presente por este mundo pudiera ser una advertencia de días amargos en el futuro. En alguna forma u otra, Dios nos ya a destetar para que no nos amamantemos más de este mundo; a la buena y de manera fácil, si fuera posible; a la mala y por tiempos difíciles, si fuera necesario. ¡De nosotros depende!

Nuestra esperanza de la futura bienaventuranza

Dios, SIENDO UN Dios de infinita bondad por Su misma naturaleza, tiene que desear para cada una de Sus criaturas la medida más completa de felicidad de acuerdo con sus capacidades y con la felicidad de todas las demás criaturas.

Por otra parte, porque Dios es omnisciente y omnipotente, Él tiene la sabiduría y el poder de conseguir todo lo que Él quiera en Su voluntad. La redención que Él logró para nosotros por intermedio de la Encarnación, la muerte y la resurrección de Su Hijo Unigénito garantiza bendición eterna a todos aquellos que por medio de la fe lleguen a ser los beneficiarios de esa redención.

Esto lo enseña la Iglesia a sus hijos para que lo crean, y su enseñanza es más que pensamiento lleno de esperanza. Está fundado sobre la revelación más completa y sencilla del Antiguo y Nuevo Testamentos. El hecho que concuerde con los anhelos más sagrados del corazón humano no lo debilita de manera alguna, sino que sirve más bien para confirmar la verdad de la redención, debido a que es de esperarse que el Único quien hizo el corazón, también puede hacer provisión para el cumplimiento de esos profundos anhelos.

Aunque los Cristianos creen esto de manera general, aún es difícil para ellos visualizar la vida como será en el Cielo y, de modo especial, se les hace difícil para ellos imaginarse como herederos de dicha y gozo tal como la que describen las Sagradas Escrituras. La razón para esto no es difícil de descubrir. El Cristiano más santo es el que se conoce a sí mismo mejor, y nadie que se conozca a sí mismo bien creerá que merece cosa alguna fuera del Infierno.

Es posible que el hombre que se conozca poco, tenga en sí mismo una confianza feliz, pero sin fundamento en su propio valor moral. Dicho hombre tiene menos problemas de creer que él heredará una eternidad de gozo, porque sus conceptos son casi Cristianos, teniendo la fuerte influencia de los escritos del folclore popular y de los cuentos de viejas. Él piensa del Cielo que es algo parecido a California sin el calor ni el "smog" y se imagina a sí mismo morando en un palacio esplendoroso con todos los adelantos y comodidades modernas, y llevando una corona pesada con joyas. Agregue unos pocos ángeles, y tiene el cuadro vulgar de la vida futura que sostienen los devotos del Cristianismo popular.

Este es el Cielo que aparece en las baladas dulces con sacarina del guitarrista y cantante popular que abunda en la escena religiosa de hoy. Parece no importarles a nadie que todo el cuadro no es realista y es completamente contrario a las leyes del universo moral.

Como pastor he tenido que llevar a su descanso los restos mortales de muchos hombres cuyo futuro no pudiera menos que ser bastante incierto, pero que antes del final del funeral, sin embargo, se le haya conseguido un título de alguna mansión en el más allá. Con toda firmeza he rehusado pronunciar una palabra que pudiera añadir al engaño y decepción, pero el voltaje emocional de los cantos era tanto que los deudos salieron creyendo vagamente que, a pesar de todo lo que ellos supieran acerca del difunto, todo estaría bien alguna mañana gloriosa.

Ninguno que haya sentido el peso de su propio pecado, o que escuche desde el Calvario el grito de dolor del Salvador en Mateo 27:46, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» pudiera alguna vez permitir que su alma descansara en la débil esperanza que ofrece la religión popular. Él tiene que exigir el perdón y la limpieza y protección de la muerte vicaria que Cristo ofrece.

«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él», escribió Pablo en Segunda de Corintios 5:21. Y la gran declaración de fe de Martín Lutero demuestra lo que esto puede significar en el alma humana. «¡Oh Señor, Tú eres mi justicia, yo soy Tu pecado!»

Cualquier esperanza con validez de un estado de bendición más allá del incidente de la muerte tiene que descansar en la bondad de Dios y en la obra de expiación realizada a nuestro favor por Jesucristo en la cruz. El profundo amor de Dios es la fuente de la cual fluye la bendición y la bienaventuranza futura, y la gracia de Dios en Cristo es el canal por medio del cual nos alcanza a nosotros. La cruz de Cristo crea una situación moral donde todo atributo de Dios está a favor del pecador penitente que regresa al redil. Incluso la justicia misma está dispuesta para nosotros, porque está escrito en Primera de Juan 1:9: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.»

Todo aquel que es verdadero cristiano puede enfocar hacia el estado futuro que es tan feliz como el amor perfecto quiere que sea. Debido al hecho que el amor no puede desear para su objeto nada menos que la medida más completa posible de gozo por el lapso más largo de tiempo, es virtualmente imposible para nosotros concebir de un futuro tan constantemente delicioso y agradable como el que Cristo está preparando para todos nosotros. ¿Y quién puede decir lo que es posible para Dios?

El gozo llegará a su tiempo

PODEMOS CONOCER nuestro presente únicamente a medida que conozcamos nuestro pasado, y en ese pasado ocurrió una desgracia y tragedia, es decir, la pérdida de nuestro carácter moral y la rebelión contra nuestro Creador. Es de importancia secundaria que también hayamos perdido nuestra felicidad, porque eso es un resultado de nuestra enemistad con Dios y no una parte de nuestra enemistad.

La obra primordial de Cristo en la redención es justificar, santificar y, finalmente, glorificar una compañía de personas rescatadas de la ruina de la raza humana.

Para la conveniencia de cualquier persona que no esté familiarizada con las palabras que aquí empleamos, voy a explicar que justificar significa declarar justo delante de Dios, santificar significa hacer santo, y glorificar significa, en efecto, rehacer la personalidad entera a la imagen de Cristo. Esto nos capacitará para morar eternamente en ese Cielo del cual habla la Biblia y que es tanto un estado del ser como un lugar ubicable. En ese Cielo los redimidos experimentarán comunión inefable con el Dios Trino; y eso mismo nos asegurará bendición en su estado más puro.

Acabo de emplear la palabra «ruina» y la he asociado con la raza humana. Esta no es una figura literaria, ni he empleado el término de una manera extravagante e irresponsable. La raza yace en la ruina espiritual, moral y física. La historia y los periódicos testifican de nuestra ruina moral. El largo desfile de dioses, tanto virtuosos como obscenos, y la variedad de miles de prácticas religiosas vanas y sin significado declaran y dan testimonio de nuestra degeneración espiritual, mientras que la enfermedad, la vejez y la muerte testifican tristemente de la totalidad de nuestra decadencia y deterioro físico.

Habitamos un mundo suspendido a medio camino entre el Cielo y el Infierno, enemistado del uno y no totalmente abandonado del otro. Por naturaleza no somos santos, y en la práctica no somos rectos. Que también seamos infelices, repito, es una consecuencia de poca monta. Nuestro primer deber y el más imperativo es escapar de la corrupción que está en el mundo, tal como Lot escapó de la ruina moral de Sodoma. Es de importancia suprema para nosotros que busquemos el favor de Dios mientras que sea posible que lo encontremos y que nos dispongamos bajo la autoridad plenaria de Jesucristo en obediencia completa y voluntaria. El hacer esto es invitar dificultades de parte de un mundo hostil e incurrir en la infelicidad consiguiente que pudiera resultar en forma natural. A esto deberíamos añadir las tentaciones del diablo y una lucha de por vida contra la carne, y se hace obvio y evidente que es preciso que posterguemos nuestros goces y deleites hasta un tiempo más oportuno.

Contra este trasfondo, de hecho nuestro deseo infantil de ser felices se ve como una cosa moralmente fea, extraña y opuesta al Espíritu del Varón de Dolores, y contraria a la enseñanza y práctica de Sus apóstoles. Cualquier apelación al público en el nombre de Cristo, que no ascienda más que a una invitación a la tranquilidad deberíamos reconocerla como un mero humanismo con unas pocas palabras de Jesús entre medio para hacerla aparecer cristiana. Pero únicamente es cristiano en verdad lo que concuerda con el espíritu y enseñanzas de Cristo. Todo lo demás es a-Cristiano, o anti-Cristiano, no importa de donde emane."

¿No les parece extraño que nos atrevamos, sin vergüenza, a alterar, a modular y a emitir las palabras de Cristo mientras que hablamos en nombre de Cristo a los mismos individuos por quienes Él murió?

Cristo llama a los hombres a llevar su cruz; nosotros les llamamos a pasarlo bien en Su nombre. El les llama a abandonar el mundo: nosotros les aseguramos que si aceptan a Jesús, el mundo se constituye su ostra en la cual pueden desarrollarse y vivir. Él les llama a sufrir; nosotros les llamamos a gozar de las comodidades que ofrece la civilización burguesa moderna. Él les llama a la autoabnegación y a la muerte; nosotros les llamamos a extenderse como un árbol frondoso, o tal vez, incluso, a llegar a ser estrellas en un deplorable zodiaco religioso de quinta clase. Cristo les llama a la santidad; nosotros les vendemos una felicidad barata que hubiera sido rechazada con desdén por el más ínfimo de los filósofos estoicos.

En un mundo como el nuestro, con las condiciones que existen, ¿qué debiera hacer un cristiano de mente seria? Es fácil dar la respuesta, pero es difícil seguirla.

Primero, acepte la verdad con respecto a sí mismo. Usted no va al médico para recibir consuelo, sino para averiguar qué anda mal y qué hacer al respecto. Busque el Reino de Dios y Su justicia. Por medio de Jesucristo logre una relación correcta con Dios, y entonces insista en mantener una relación correcta con sus congéneres de la raza humana. Con toda reverencia dispóngase a enmendar sus acciones. Magnifique a Dios, mortifique la carne, simplifique su vida. Tome su cruz y aprenda de Jesucristo a morir a este mundo para que pueda resucitar a su debido tiempo"

Si usted realiza estas cosas con fe y amor, conocerá la paz, pero será la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Conocerá el gozo, pero será el gozo de la resurrección, no la felicidad irresponsable de los hombres que insisten en los deleites carnales. Conocerá el consuelo de la morada interna del Espíritu Santo que con frecuencia brotará como un manantial de agua en el desierto, no porque usted lo haya buscado, sino porque usted se propuso cumplir la voluntad de Dios a cualquier precio.

¡Podemos darnos el lujo de sufrir ahora! ¡Tendremos una larga eternidad en la cual gozarnos! ¡Y nuestro gozo será válido y puro, porque llegará en la forma debida en el momento preciso!